

86
AYUNTAMIENTO DE MADRID

471

RECUERDOS, DATOS, CONSEJOS, POESÍAS
HIMNOS, MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

DEDICADOS A LA

FIESTA DEL ÁRBOL Y DEL PÁJARO

POR EL EXCMO. E ILMO. SEÑOR

Don Hilario Crespo Gallego

VOCAL DE LA JUNTA MUNICIPAL DE ENSEÑANZA



MADRID. — 1926

IMPRESA MUNICIPAL

A Y U N T A M I E N T O D E M A D R I D

RECUERDOS, DATOS, CONSEJOS, POESÍAS
HIMNOS, MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

DEDICADOS A LA

FIESTA DEL ÁRBOL Y DEL PÁJARO

POR EL EXCMO. E ILMO. SEÑOR

Don Hilario Crespo Gallego

VOCAL DE LA JUNTA MUNICIPAL DE ENSEÑANZA



M A D R I D . — 1 9 2 6

I M P R E N T A M U N I C I P A L

EXTRAORDINARIA
DE 24 DE JUNIO

INTRODUCCIÓN

«Talar los montes y destruir los pájaros,
es obra de insensatos; repoblar aquéllos y
proteger a éstos y a sus crías merece bien de
los hombres, de la Patria y de Dios.»

JOSÉ UDINA

En ese anhelo, que con tan fervoroso entusiasmo ha sido expresado por nuestro Ayuntamiento y su Junta municipal de Enseñanza, de estimular por toda clase de medios racionales, es decir, predicando con los buenos ejemplos la celebración en Madrid, pero con fines eminentemente educadores y con la mayor solemnidad posible, la *Fiesta del árbol y del pájaro*, fundamento el mío no menos fervoroso y entusiasta que aquél, exponiendo a los expresados fines algunos hechos que considero importantes por hallarse íntimamente relacionados con el origen, significación e importancia de dicha fiesta en el desenvolvimiento de nuestra vida espiritual y económica, y, asimismo, por iguales partes en nuestro presente y en nuestro porvenir.

INTRODUCCIÓN

Este documento tiene como objetivo principal proporcionar una visión general de los aspectos más relevantes de la legislación vigente en materia de [tema].

El presente texto se divide en varias secciones que abordan los distintos aspectos de la materia. En primer lugar, se describe el contexto legal y los principios que rigen la normativa. Posteriormente, se detallan las disposiciones específicas que afectan a los ciudadanos y a las entidades públicas. Finalmente, se concluye con una serie de recomendaciones y sugerencias para garantizar el cumplimiento de la ley.

PRIMERA PARTE

Recuerdos, datos y consejos

I

Labor es ésta que habré de comenzar permitiéndome recordaros a título de «bosquejo histórico», mis amables lectores, que es al modelo de españoles, al insigne pensador, al nunca bastante llorado maestro D. Joaquín Costa, al que se debe y a él corresponde, por consiguiente, ese honor de conocer y haber descubierto que la *Fiesta del árbol* es de origen español; pues es él el que nos dice que la primera fiesta dándola este carácter que en el mundo tuvo lugar, fué celebrada (según documentos oficiales) en el pueblo de Villanueva de la Sierra, de la provincia de Cáceres, en el año 1805, correspondiendo la iniciativa de su celebración a un virtuoso sacerdote, el cual, por estar plenamente convencido de la beneficiosa acción del arbolado, realizó, en unión de sus feligreses, una amplia plantación de álamos; acto que revistió el carácter de fiesta solemne, seguida de banquete y baile, que hiciera excitar los ánimos y resaltar el mérito y la utilidad de ella, eligiendo como lugar verdaderamente apropiado para su celebración el valle del Exido y la arroyada de la Fuente de la Mora, hechos que nos son referidos en el siguiente escrito de aquella época:

«Convencido el vecindario de Villanueva de la Sierra de cuánto importa dar a estas tan patrióticas y reproductivas empresas el ayre de una solemne fiesta, no sólo para poder fijar en ellas con tanta claridad la idea de su mérito, sino también la de su utilidad, fué convocada la juventud toda de dicho pueblo por medio de su respetable párroco, D. Pedro Barquero, y de su señor alcalde, D. Andrés Fernández, disponiendo, a los consiguientes efectos, un banquete y bayle para después que solemnemente se hubiera hecho el plantío de álamos que se había proyectado.»

Dicho señor párroco, en el acto de la celebración de la referida fiesta (hace ya ciento veinte años), se expresó en los siguientes términos: «Nuestra lamentable desidia y nuestra harto culpable indulgencia para con aquellos malos patriotas que contribuyen a sacrificar la utilidad pública en pro solamente de sus intereses particulares, ha servido para arruinar los antiguos y beneficiosos arbolados de este término, que tantas veces contribuyeron a reparar nuestro cansancio, defendiéndonos al mismo tiempo de las inclemencias del calor y de la lluvia, proporcionándonos a su vez a nuestra respiración un ambiente perfumado y saludable. Por consiguiente, tenemos que ser nosotros los que, conscientes de nuestro primordial deber, y hasta obrando por natural y espontáneo instinto de conservación, debemos reparar con

premura esa pérdida tan dañosa, imitando a estos fines el aquel tan ferviente y tan patriótico celo desplegado con estos propósitos por nuestros mayores.

»Por ello perfeccionemos, si posible fuera, su tan beneficiosa obra, que alabará la posteridad, vistiendo con nuevos álamos nuestros valles, nuestros paseos y los alrededores de nuestras fuentes, para que nuestros sucesores en este vecindario reposen a su sombra y nos bendigan; y miremos de hoy en adelante con ceño y con horror a toda páfida mano que intente aplicar la siega a los troncos o a las ramas de los árboles que ya tenemos y a los que en este acto solemnísimo vamos a plantar.»

Asímismo se dice en un interesante librito, de que es autor D. Miguel Bravo, que por el año de 1817, o sea doce años más tarde, se celebró una gran fiesta en la ciudad de León al crear el jardín denominado de San Francisco, plantando, con tan plausible motivo, árboles hasta los señores muy mayores en edad, saber y gobierno, en presencia de todo aquel vecindario y con gran algazara de músicas, cohetes, dulzainas y tambores, organizándose, con tan fausto acontecimiento, escogidas fiestas públicas, muy solemnes, de carácter religioso y brillantísimos bailes de sociedad, alcanzando la alegría allí reinante a los pobres por medio de grandes cantidades de dinero invertidas en limosnas para ellos.

También, según referencias aportadas por el mismo Sr. Costa, otra fiesta análoga a las citadas tuvo lugar en el año 1840, dada a conocer por *El Semanario Industrial*, pero sin hacer constar en el relato que de ella se hacía el pueblo y el día de su celebración. La referencia que de esta fiesta se hace en dicho semanario es la siguiente: «Para poder combatir con eficacia el funestísimo desenfreno despertado en sus habitantes contra el arbolado de aquella comarca, dirigióse el vecindario en procesión religiosa a un paraje en donde el párroco del pueblo arengó a sus feligreses, iniciando por su propia mano la apertura de hoyos, en cuya patriótica labor fué secundado por todos los vecinos del lugar, haciéndose la correspondiente plantación de árboles ocho días después.» Y sigue diciendo el referido semanario: «Interesaron vivamente el amor propio y la vanidad de las familias allí avencidadas, sin distinción de jerarquías, encomendando a los jóvenes y a los niños de uno y otro sexo la custodia y el fomento de los árboles en esa fiesta plantados.» Y añade: «Los hijos y los nietos de los que a aquella ceremonia asistieron tendrán que mirar en su día el plantío llevado a cabo con aprecio y veneración, bendiciendo y enalteciendo a los que supieron legarlos tan valioso patrimonio».

Son, pues, estos hechos los que nos demuestran plenamente, y desde luego de acuerdo con la afirmación que en su día nos hiciera el Sr. Costa, que la *Fiesta del árbol* es de origen español.

Esta hermosa fiesta, por llevar consigo algo verdaderamente grandioso, fué exportada al Nuevo Mundo, cruzando rápidamente los mares, para ser instaurada primeramente en los Estados Unidos por iniciativa de un fanático defensor del arbolado, por Mr. Sterlin-Norton, que fué el que en 1872 fundó la famosa Sociedad denominada «The Arbol Day» (El día del árbol), y cuyos correspondientes socios, que han llegado a constituir una inmensa legión de ellos, hallábanse obligados, a más de contribuir para los patrióticos fines sociales con una cuota anual de un dólar, a hacer plantaciones de árboles en lugares que careciesen de ellos, en un determinado día de cada año. Y habré de citar, como caso digno de mención, revelador de los males que pueden los pueblos a sí mismos producirse cuando obran y proceden impulsados por su propia ignorancia, el acaecido en el referido país norteamericano al finalizar el último siglo, en el que sus ciudadanos, alentados por el ciego afán, que

jamás veían plenamente satisfecho, de ampliar en su máxima intensidad el patrimonio de la agricultura de su país, tomaron el acuerdo, que sin pérdida de momento pusieron en práctica, de declarar en su territorio la guerra sin cuartel al arbolado, llegándose a valerse en sus instintos destructores hasta del incendio, con el fin de arrasar una gran parte de aquellos sus centenarios y frondosos bosques, viéndose precisados entonces los Gobiernos de esa nación, para poder contrarrestar rápidamente tan incalculables perjuicios, a dictar severísimas medidas que, por su acierto y oportunidad, sirvieron para realizar el milagro de convertir, como por arte de encantamiento, en fervorosos devotos del árbol a todos aquellos ciudadanos que antes, por estar mal aconsejados y desconocer los beneficios que los árboles nos reportan, se complacían en ser sus destructores; quedando desde entonces establecida en todas las ciudades, pueblos y lugares de Norteamérica, pero con el carácter de obligatoria, la *Fiesta del árbol*.

Son, por tanto, los Estados Unidos la nación donde dicha hermosa, culta y patriótica fiesta ha encontrado campo más amplio y apropiado para su intensa y eficaz acción, como nos lo demuestra el hecho (que tengo por cierto) de que en el transcurso de los cincuenta y tres años que sin interrupción, y cada vez con mayores y más ponderados estímulos, allí se viene celebrando, se lleven plantados, entre forestales y frutales, cerca de 500 millones de árboles. ¡Como que así es como los ciudadanos contribuyen a hacer patria!

Más tarde, o sea en 1898, fué cuando, después de haber sido aclimatada en varios países extranjeros, reapareció en España esta *Fiesta del árbol*, gracias al celo y a los entusiasmos desplegados por el insigne ingeniero de montes D. Rafael Puig Valls, fundador en Barcelona de una Asociación que denominó «Los Amigos del árbol», consiguiendo este fervoroso apóstol de la fiesta, merced a su constante y eficaz propaganda, su difusión por toda España.

Y fué este mismo ingeniero, este gran patriota, el que tuvo el honor de llevar a Francia la idea, presentando a estos fines en el Congreso Internacional de Selvicultura, celebrado en París en 1900 con tan sorprendentes resultados, la siguiente proposición: «Se introducirá la enseñanza de Selvicultura en las Escuelas Normales y primarias de todos los países adheridos a este Congreso», proposición que, aprobada por unanimidad, dió, entre otros felices resultados, el que la Asociación denominada «Touring Club de France» creara inmediatamente un infinito número de Sociedades en la vecina nación de «Los Amigos de los árboles», Sociedades éstas que sirvieron a su vez de motivo para la fundación de numerosas Sociedades escolares forestales.

Tan patrióticos ejemplos fueron imitados rápidamente por otras naciones, siendo Italia la que en 1902 instituyó solemnemente la *Fiesta del árbol*, plantando los escolares en presencia de los reyes cerca de 20.000 árboles. Dos años después, o sea en 1904, la instauró Irlanda, y casi al mismo tiempo Inglaterra y la mayor parte de los países de Europa y de América.

También en 1904 fué restablecida solemnemente en España dicha *Fiesta del árbol*, a cuyos fines fué dictado un Real decreto con fecha 11 de marzo de 1904, dando en él muy acertadas reglas para su eficacia y celebración, creándose para ello en 1906 viveros destinados al suministro de plantones para la misma. La constitución de la «Real Sociedad Española de los Amigos del árbol», bajo el patronato de SS. MM. los reyes Don Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia, data del año 1911, Sociedad que fué declarada de «utilidad pública» por virtud de una Real orden del Ministerio de

Fomento de fecha 16 de octubre de 1914, y un Real decreto del Ministerio de la Gobernación de 3 de enero de 1915, disposiciones gubernativas ambas que sirvieron para iniciar en España una era de florecimiento para la nunca bastante ponderada *Fiesta del árbol*.

Debo decir ahora, prosiguiendo mi labor informativa, que fué M. Melard el que en dicho «Congreso de Selvicultura» pudo probar con gran riqueza de datos que el consumo que hoy se hace de esa insustituible «primera materia» llamada madera, es infinitamente superior al de su producción normal, afirmación ésta que, por corresponder a datos exactísimos, vale tanto como decir, dando la consiguiente voz de alarma, que en la actualidad *vivimos*, respecto de la forma en que es administrada esa tan colosal riqueza, en vez de los productos de su renta, como sería lo prudente, lo racional y hasta lo justo, del importe de su capital mismo, el cual, con perjuicio bien notorio de nuestro presente y porvenir, vamos mermando con asombrosa prodigalidad y rapidez. Así es que, de no poner a ese tan grave mal que nos aqueja un inmediato y radical remedio, en un muy corto plazo tendremos que apreciar forzosamente los desastrosos efectos producidos por la escasez de maderas, provocándose con ello, fatalmente, una enorme perturbación en la economía mundial.

Existe también un punto que considero de capital importancia a los fines que perseguimos, que es el relacionado con el consumo que del papel se hace actualmente hasta en los más apartados confines de nuestro planeta, para un infinito número de aplicaciones, todas ellas a cual más útiles y necesarias, pues hay que tener en cuenta que más del 90 por 100 de ese fabuloso número de toneladas de papel que usamos hállase fabricado sobre la base de una primera materia que se llama «pasta de madera», puesto que los otros elementos de fabricación, como el trapo, el papel y la celulosa extraída últimamente de la paja, son aportados hoy para la referida fabricación de papel en una mínima parte; júzguese, por consiguiente, la tala de millones y más millones de árboles que obligan a efectuar todos los años estas elaboraciones para el abastecimiento a las fábricas productoras de artículo de tan imprescindible e insustituible necesidad como es el papel.

Otro punto, también muy digno de ser tenido en cuenta, es el referente a nuestras minas de carbón, cuyas respectivas producciones resultan más escasas y costosas que las existentes en otros países, como, por ejemplo, Inglaterra y Alemania, que poseen las más ricas minas de carbón por la cantidad y calidad de estos productos. La explotación de las nuestras resulta más costosa por la anchura de los filones y consiguiente movilización de las tierras, requiriendo por esta causa en su entibación contentiva, mientras llega a su correspondiente relleno, un maderamen inmenso. Pilas y más pilas de maderos, de rollizos y de gruesos tablones, son las que absorben las faenas mineras de las cuencas carboníferas, así como si las entrañas de la tierra quisieran buscar en esa nueva madera que ellas reciben la compensación a la fosilizada que la mina devuelve en forma de hulla.

¡Oh tiempos prehistóricos...! De éstos data la existencia de aquellos frondosos bosques, formados por corpulentísimos árboles de asombroso desarrollo, a causa del mayor calor existente por su proximidad al central de la tierra y de gozar de más abundantes riegos por la mayor evaporación que constantemente producíase en la superficie terrestre, dando lugar este fenómeno atmosférico a diluvios, que fueron los que en sus vertiginosas corrientes arrastraron enormes masas vegetales a sitios profundos, masas éstas que la acción del tiempo, los volcanes y los cataclismos terrestres fueron ocultando; pero que hoy la mano del hombre sigue extrayendo y

consumiendo, economizando con el uso del carbón mineral la madera de la superficie de la tierra. Son, pues, estas minas de carbón las que nos dan a conocer gráficamente, podríamos decir, la existencia con su inmensa abundancia y grandeza del reino vegetal en aquellos tiempos. Y son los bosques que después de esos cataclismos quedaron sobre la superficie de la tierra, los que confirman y corroboran esa misma grandeza y abundancia para la producción vegetal. Porque, si bien es cierto que el número de pobladores en aquellos remotos tiempos y sucesivos era infinitamente menor que en los presentes, no es menos cierto el hecho que, desde el alumbrado doméstico por medio de la tea, hasta la última y más insignificante necesidad calórica y de construcción en sus múltiples aspectos y modalidades, fué el árbol el único sufragador de todas ellas. Hoy esas fabulosas reservas vegetales que nuestro planeta tenía guardadas en sus entrañas se están rápidamente agotando. Inglaterra extrae de sus minas de carbón 300 millones de toneladas por año y en igual período 250 millones de toneladas Alemania. Todas estas minas tienen en su conjunto un plazo de existencia fijo, plazo que ya va tocando a su fin, pues hay quien le fija en cincuenta años y que quizá sea menor por el gasto que de tal elemento exige tan avaramente nuestra actividad y el progreso industrial, y cuyo precioso y preciso elemento no podrá ser sustituido ni por la hulla blanca, ni por el petróleo, ni por el alcohol.

Fué, como es sabido, el Oriente la cuna de la civilización, pero es desgraciadamente esa civilización la que nos ofrece en el torbellino de su labor los ejemplos más vivos de la influencia que, con su espíritu destructor de los bosque vírgenes, consiguió ejercer en el porvenir de los pueblos en puntos tan esenciales para su desenvolvimiento, como son aquellos que hállanse íntimamente relacionados con su prosperidad y su engrandecimiento.

Porque es en esos famosos pueblos de la antigüedad, de tierras tan fértiles, en los que aparecieron los primeros guerreros, los cuales, por sus anhelos de conquista, la Historia, en vez de considerarlos como un castigo, como una plaga para la humanidad, los ha glorificado denominándolos *magnos*. Tales castigos fueron: Ciro, Darío, Xerjes, Alejandro y con otros muchos más. Porque tendré que repetir, pensando en la obra llevada a cabo por estos funestísimos conquistadores, aquellas famosas frases que con tanta razón dijo Lamartín en su *Curso familiar de Literatura*: «Los hombres quieren ser inmolados, sacrificados, engañados; por eso divinizan a sus verdugos y se mofan y dañan a sus libertadores.»

Y es M. Bougier de la Bergerie el espiritual escritor, autoridad suprema en estos tan interesantes estudios, el que en su famosa obra *Los Montes de Francia*, nos dice: «Alejandro para entrar triunfante en Grecia ordena talar los más bellos árboles que coronaban las montañas y bordeaban los ríos».

«La Siria en su tiempo quedó convertida en desierto. El monte Líbano, orgullo del Oriente, que daba vida fecunda al Eufrates, al Oronto y al Jordán, ya no fué más que una ruina. Los gigantescos cedros desaparecieron, y las nieves, que durante el tiempo dichoso de su gloria se deslizaban hacia los valles con vivificante lentitud, llegaban más tarde a ellos convertidas en devastadores torrentes. Las montañas secundarias y las colinas, cubiertas de olivos, de viñas y de higueras, siguieron igual suerte que el Líbano. La vasta planicie del Jordán es hoy la más pobre de la Siria y las montañas están desnudas y calcinadas por un sol abrasador.

»El gran desierto comienza y se extiende donde fueron Tiro, Sidón y la tierra prometida.»

Otro testimonio irrecusable deseo aportar en corroboración de lo expuesto, que

es el del célebre Rouch, que en su bien escrita obra la *Regeneración de la naturaleza vegetal* nos dice: «Alejandro, más tarde los romanos y después los sarracenos y turcos, lucharon ahincadamente por aumentar los desiertos, transformando en países áridos y despoblados los más bellos y suntuosos del universo.»

»Nínive, Babilonia, Sidón, Jerusalén, Menfis y Tebas, viven sólo en nuestra memoria, pues han sido destruídas por el fuego y el hierro de los conquistadores. ¿Quién reconoce en la esterilidad actual de Palestina el bello país de Canaán, dado por Dios a su pueblo como el más abundoso del mundo? ¿Quién reconoce la bella corriente del Jordán en otro tiempo en las aguas fangosas de hoy, que se deslizan con una gran lentitud hasta el mar Muerto? Al aspecto de tan tristes comarcas casi dudaríamos de la verdad de los Sagrados Libros, si todas las partes del mundo no nos presentasen el triste espectáculo de regiones fértiles convertidas, por falta de respeto a la vegetación, en tristes y áridas soledades.

»Y también el clima de esos países, privado hoy de la influencia bienhechora de los montes, es seco, duro y extraordinariamente variable. Si los venerables patriarcas del género humano volvieran a reconocer esas regiones, no hallarían en ellas ni los frondosos bosques, ni los pájaros que alegraban su recinto, ni aquel sol vivificador que calentaba la tierra para fecundizarla.

»La Mesopotamia, la Armenia y Caldea, cuna de nuestros primeros padres, son hoy países sin árboles, sin humedad, sin hermosura y casi sin vida.»

Porque son estos funestísimos hechos los que en sus justas y naturales consecuencias nos dan la explicación para que comarcas, en otros tiempos florecientes y populares, como el Asia Menor, la Judea, el Egipto, y con ellas territorios enteros, hayan desaparecido como los que tuvieron vida próspera, al pie del Atlas.

Como que la Grecia, patria en otros tiempos de la libertad y templo consagrado a las Artes, es hoy, en justo castigo al espíritu destructor del arbolado allí reinante, desde hace muchos años el centro de la ignorancia. Todos esos países no ofrecen en los presentes momentos más que desiertos y ruinas. El viajero, el turista, el hombre de estudio que hoy visita esos lugares, antes de ensueño y de poesía y hoy de desolación, no encuentra ya ni los frondosos bosques que coronaban, vistiéndolas de gala las montañas, ni sus fértiles campos, productores de ricos y abundantes frutos, ni sus inúmeros rebaños. No mira más que rocas desnudas y calcinadas, arenales improductivos y hasta perjudiciales por servir de nidal de toda clase de enfermedades, que hállanse habitados por poblaciones miserables. Esos visitantes vanamente buscarán los ríos mencionados en la Historia; porque, para que sirva de ejemplar castigo a los humanos, han desaparecido.

El odio al árbol —es un hecho innegable— motivó la decadencia y perpetuó el lamentable atraso. Porque son estos hechos los que explican cómo fueron minadas y dispersas poblaciones numerosas, que la especie humana se aniquiló a sí misma en las comarcas más ricas y cómo el hombre, después de haber destruído el orden y la armonía establecida por la Naturaleza, quedó él mismo enterrado bajo las ruinas que produjeron la acción de sus propios errores.

Muchos son los hechos que se podrían consignar como corroboradores de lo expuesto copiando antiguos testimonios y documentos; porque éstos nos demostrarían plenamente cuáles fueron las consecuencias de las profundas alteraciones de carácter forestal que por la acción de ese absurdo espíritu destructor fueron producidas en el suelo de nuestro mundo; a estos fines y para no hacer interminable este trabajo, citaré tan sólo los siguientes hechos:

Islandia, que en el siglo XII poseía frondosos bosques de abedul, que constituían la admiración de propios y de extraños, hoy carece en absoluto de ellos.

Por los efectos de ese espíritu destructor ya no puede producir Egipto aquellos sus famosos vinos de Menfis y de Mariotis, con cuyas fragancias embriagábanse los huéspedes de la famosa Cleopatra.

Tampoco posee la Arcadia el pino piñonero.

Para siempre desaparecieron aquellas hermosas praderas que, según Homero, circundaban, embelleciéndola, la ciudad de Darné, al pie del monte Ida.

Ya no podrán jamás los malhechores emboscarse en aquel frondoso bosque de abetos, que constituía su encanto, de Poseidon para echarse sobre los confiados aldeanos cuando éstos regresaban alegres de sus fiestas campesinas.

Y es uno de los nuestros, el insigne ingeniero de montes D. Antonio García Maceira, el que, en un interesante folleto titulado *Los montes y la emigración*, nos dice:

«Igual fenómeno de destrucción que en Asia se realizó en Africa y América, que tampoco escapó a la fiebre destructora de los europeos. Estos se precipitaron sobre las nuevas tierras, no para admirar su belleza, sino para atacarla en su único afán de buscar oro.

»Dos momentos hay en el inmenso trabajo del descuaje de los montes que empobreció al mundo: en el primero aumentó la población con el rendimiento de la roturación de terrenos; pero agotados éstos por no poder sustentar su cultivo permanente, viene un período de pobreza, de abandono de las primeras labores, de emigración y de despoblación del territorio, que ya no sustenta otra cosa sino tribus errantes y dispersas sobre un suelo esterilizado.»

Esto sucedió cabalmente en España, por efecto de la funestísima desamortización de bienes de la comunidad. Extensiones inmensas de terrenos de monte fueron enajenados para dedicarlos al cultivo de cereales en su mayor parte, consiguiendo con estos cultivos, como es natural, que en los primeros años que la producción cereal se manifestase visiblemente acrecida. Entonces los defensores de aquella funestísima determinación, considerándose felices por suponer que habían contribuido con su obra a la prosperidad y al engrandecimiento del país. Mas fué bien corto el período de su dicha y hasta rápida su desilusión, porque la mayor parte de estos terrenos, improvisados para el cultivo a causa de haber practicado en ellos labores y siembras impropias de sus cualidades, quedaron agotados, estériles, y fué preciso abandonarlos. Lejana es la fecha en que estos males de carácter nacional se producían, pero aún pueden apreciarse en España los funestísimos resultados de tan imprudente medida contemplando extensísimas extensiones de terrenos con sus surcos abiertos, donde ni la hierba nace.

También el Sr. García Maceira, refiriéndose al suelo de nuestra Patria, nos dice: «Un cultivo avaro y pobre en general ha ido gastando la fertilidad de nuestros campos; las montañas se fueron despejando de vegetación; muchos ríos dejaron de ser alimentados por caudales regulares y constantes; en muchas montañas la tala secó las fuentes; el clima, a favor de tan múltiples causas de variación, opuso de día en día mayores obstáculos al trabajo, y la ganadería, en fin, falta de hierbas, decayó y languideció en muchas regiones.

»Preciso es comprender que la población no puede ser indiferente a tan profundos cambios. Las oscilaciones en el estado del suelo repercuten en las gentes, y por eso ciertamente la emigración es un fenómeno cuya raíz nace y arraiga en los desórdenes de la vida del territorio.»

Y tanto —he de añadir yo— porque, sin ninguna duda, esa emigración nuestra, que se hace ascender a una cifra global de cerca de cinco millones de compatriotas, tiene su fundamento y su razón de ser, en su mayor parte, en el empobrecimiento, en la ruina de nuestro suelo.

Y fueron estas realidades, derivadas de los hechos, las que obligaron a decir al inolvidable Costa en clamores de patriótica sinceridad: «Es preciso retroceder. Para los árboles no hay sucedáneos como para el café; en el ejercicio de las funciones que desempeñan en el mundo sólo pueden sustituirse y heredarse ellos mismos. El trigo ha ido trepando por las laderas de los montes, invasor, absorbente, como lo son todas las democracias; retroceded, retroceded aprisa, revolucionarios mal aconsejados, en busca del elemento moderador, y vaya desalojando de nuevo el arbolado al trigo de esas regiones usurpadas, y restaurando el curso regulador de los meteoros que las talas y los descuajes han envuelto en la confusión y en el desorden.»

E inspirándose el insigne pensador Sr. Costa en los viejos refranes del alto Aragón seguía diciendo: «El clima no es ya el mismo; las señales del tiempo son muy otras; ya no sabemos preverlo. El hacha desamortizadora ha arruinado la meteorología popular. El cultivo de la viña se hizo imposible en comarcas donde antes vegetaba bellamente y esto produjo el decrecimiento de la población en los últimos cincuenta años.»

»Los árboles, añadía, cuando faltan alteran la contextura orográfica, y los agentes meteóricos, no contrarrestados por aquel providencial regulador, son de efectos ruinosos y destructores.»

Más tarde este profundo pensador, en su bella obra *El arbolado y la patria*, nos legaba el siguiente sabio y prudente comentario: «Ricos y pobres arremetieron con los montes cual impulsados de un odio común; aquéllos beneficiaron el vuelo, éstos el suelo, y se repitió la fábula de la gallina que ponía los huevos de oro; los ricos han descendido a pobres, los pobres a proletarios; para hurtarse a las inclemencias del cielo y a las del fisco se ven forzados a pedir al extranjero una nueva patria».

Manifestaciones éstas de nuestro insigne e inolvidable compatriota que otro también insigne pensador, Rauch, las robustece muy bellamente, por cierto, diciendo: «Los montes desempeñan visiblemente, después del sol, el más grande ministerio, y parecen destinados a regir todas las armonías del globo. Bajo su benéfica influencia todo vive y prospera; cuando desaparecen, los manantiales se pierden, los rocíos se alejan, los prados se agostan, la tierra se deseca, los pájaros y todos los animales disminuyen, la marcha de los meteoros se interrumpe y, en fin, el celeste, magestuoso, bello e incomparable cuadro del mundo se oscurece, se borra.....»

No hay más que apuntar la extensión de los terrenos incultos de una nación para saber con exactitud su estado de adelanto o su decadencia o postración, y a estos efectos diré que España tiene el 53 por 100 de su superficie en terrenos incultos, cifra verdaderamente aterradora.

¡Oh, incuria humana, a qué situaciones tan críticas arrastras a España, que antes era nación exportadora en grandes cantidades de madera y es ahora feudataria del extranjero en una importación de maderas, cuya cifra global excede anualmente de 180 millones de pesetas oro!

Es inexplicable la cronicidad de este mal devastador de nuestros montes y de nuestros bosques entre nosotros, porque ya el espíritu previsor de aquel gran rey Felipe II, en carta dirigida a D. Diego de Covarrubias, obispo a la sazón de Segovia, y a su vez residente de Castilla, le decía: «Una cosa deseo ver acabada de tratar, y

es la que toca a la conservación de los montes y aumento de ellos, que es mucho menester y creo andan muy al cabo. Temo que los que vinieren después de nosotros han de tener mucha queja de que se los dejemos consumidos, y plegue a Dios que no lo veamos en nuestros días. Esto ha mucho que sometí al doctor Velasco para que lo ordenase, y con sus muchas ocupaciones no ha podido ni creo que podrá. Informaos en qué términos lo tiene y si fuere posible que lo acabase.»

También de un ferviente devoto del árbol, de D. Román de Aguinaga son las siguientes manifestaciones: «Si Suiza no hubiera cuidado de defenderse de los agentes destructores, repoblando de árboles sus terrenos en vez de destrozarse los montes, ejecutando además obras de encauzamiento en los ríos y corrigiendo torrentes, su aspecto hubiera sido hoy el que, por desgracia, presenta nuestra pobre España que, teniendo condiciones para ser una nación privilegiada, por abandono de todos se ve reducida a un inmenso páramo. Es verdaderamente angustioso cruzar en ferrocarril kilómetros y kilómetros, pasar provincia tras provincia sin ver apenas una insignificante mancha de terreno cubierta de árboles.»

Son, pues, estos hechos los que en clamores de noble sinceridad nos dicen que la labor que necesita llevar a cabo la Sociedad Española de Amigos del árbol, en íntima colaboración con el Estado, con los Ayuntamientos en general y demás Corporaciones que, por representar a las llamadas «fuerzas vivas» del país, halláanse obligadas a contribuir con la aportación de su granito de arena a la realización de esta magna empresa, en cuya entraña lleva el engrandecimiento de España y el bienestar de nuestro pueblo.

Por ello es preciso que, cerrando los ojos para que no produzca espanto la inmensidad de la obra, con perseverante fe y sin desmayos, luchando titánicamente para salvar las infinitas dificultades que en el camino de nuestros nobles propósitos habremos de encontrar, prosigamos la marcha iniciada para que, con el ejemplo de la labor, aumente el número de los adeptos hasta conseguir que todos los españoles sean fervorosos amantes del árbol.

En un bello libro titulado *Arboles y Montes*, del que es autor el insigne ingeniero de montes D. Andrés Avelino Armenteras, obra que por su singular mérito y amenidad debería ser declarada su lectura obligatoria en todas las escuelas públicas y privadas de España, resolución ésta de la que jamás habríamos de arrepentirnos.

Pues bien, en ese espiritual y delicado librito se nos da cuenta, entre los muchos procedimientos puestos en práctica para estimular la repoblación del arbolado, algunos como los siguientes: Ya es un párroco como el de Thouret (Francia), que para bautizar a los niños invita a los padres a que acrediten el haber plantado un árbol por lo menos en el término de su jurisdicción eclesiástica, con lo que consigue enriquecer grandemente los alrededores de aquel pueblo, contribuyendo a su vez por la práctica de tan sencillo procedimiento al mejoramiento de la sanidad del mismo; ya algunos alcaldes que, con conocimiento pleno y efectivo de su deber, como los ha habido en España, inspirándose en los sabios preceptos de una antigua ley, siguen obligando a plantar sin excusa ni pretexto dos o más árboles por cada uno de los que se corten fraudulentamente; ya poniendo en ejecución aquella costumbre, por todos conceptos digna de ser imitada, como hasta hace poco venía ocurrido en el pueblo de San Felices (Soria), donde los que se casaban, sin distinción de jerarquías, tenían a gala plantar un nogal en terrenos de su correspondiente término municipal; ya implantando aquella tradicional costumbre, que tan reproductivos beneficios produce, de no conceder derecho de vecindad sin que previamente se hubiere acreditado,

mediante irrecusables testimonios, el haber enriquecido con la plantación de un nuevo árbol por lo menos la correspondiente jurisdicción municipal; ya, en fin, por medio de empresas más amplias, como la realizada en el pueblo natal de Eugenio Muller, el cual, en su bella obra rezumante de exquisita espiritualidad, «La Floret», publicada en 1878, refiere en ella su autor, con intensa y conmovedora emoción, que siendo niño fué con sus compañeros de colegio, acompañados de sus Maestros, de su Párroco, del Alcalde, autoridades y demás personas de significación de la localidad, a plantar árboles y más árboles, al compás de una alegre música, en una antigua duna, cuyo almacén de arena movediza constituía un nidal de toda clase de gérmenes productores de enfermedades, duna ésta que antes de medio siglo ya constituía un frondoso bosque, del que emanaba a raudales la sanidad para aquellos venturosos contornos, poseedores de autoridades y de maestros conscientes de sus deberes.

¡Qué hermoso ejemplo y cuán digno de ser imitado!

No nos olvidemos, pues, de él por lo muy interesante que resulta, ni tampoco de las siguientes palabras, también muy interesantes, del insigne patricio Sr. Armenteras, ya citado, el cual nos dice: «España, por su quebradísima topografía y la pobreza de su suelo, tiene más de una tercera parte de su territorio impropio para el cultivo agrario permanente. Si no queremos ver en ella el pueblo de los eriales y de los yermos, hemos de cubrirla de prados y de montes, que al par que darían valiosos productos regularizarían el régimen perturbado de nuestras aguas, suavizarían el rigor de nuestro clima, mejorarían la salubridad pública, evitarían las largas sequías seguidas de lluvias torrenciales e inundaciones, y serían, con las espléndidas bellezas de la vegetación forestal, alegría del paisaje y gala de la Patria». ¡Cierto y muy cierto! Porque, qué duda cabe que fijando la atención del pueblo español con la *Fiesta del árbol*, en la que se diera a conocer anualmente en nuestra nación la riqueza debida, su obra educativa de conservación y repoblación del árbol, serían estables en él los estímulos y sensaciones para proseguir y defender con apostólica fe tan útil y necesaria obra de cultura y patriotismo.

La fiesta denominada «El día del pájaro» se celebra en los Estados Unidos el día 4 de mayo, de todos los años, rindiendo con su celebración un fervoroso homenaje, un perenne recuerdo, al gran amigo de las aves, a Juan Jaime Audubon, nacido en ese citado día, y respecto del cual ha publicado interesantes datos biográficos la importantísima revista *American Forestry*, como los que voy a transcribir:

«El abuelo de Juan Jaime tuvo hasta veinte hijos, y por esta causa, en cuanto que el padre de nuestro héroe cumplió los doce años, obligado por la necesidad, su padre le vistió por completo y, entregándole un bastón, le bendijo y envióle a buscar fortuna por el mundo. Como el mozo era listo, no sabiendo qué hacer, pues se hizo sastre y, aunque logró demostrar su habilidad y perfección en ese oficio, queriendo cambiar de rumbo, se hizo marino y a los veinte años era capitán de un barco mercante; a los veinticinco, propietario de un buque, y a los treinta y cinco, poseedor de una cuantiosa fortuna. Tuvo tres hijos varones, siendo el menor Juan Jaime, nuestro personaje, que nació en 1780. El mayor llegó a ser almirante de la marina francesa. El padre de Juan Jaime hizo todo cuanto pudo para que éste siguiera la carrera de las armas, resultando inútiles cuantos esfuerzos fueron puestos en práctica, porque Juan Jaime, por haber vivido largas temporadas en una casa de campo, distante 20 kilómetros de Filadelfia y cercana a un frondoso bosque, se había prendado de los encantos de aquellos parajes y no quiso abandonarlos.

Constituía su encanto, como el del hombre de la selva, el pasar horas y más horas estudiando las costumbres y las preferencias de las aves desde una caverna próxima, donde éstas anidaban, dibujándolas (pues nuestro hombre era un maravilloso dibujante) en sus aptitudes propias. Y aquella caverna fué también el paraíso de sus amores, pues en ella se declaró a Lucía Green, que luego fué su esposa bien amada y su compañera, animándolo y ayudándolo eficazmente a emprender y terminar su gran obra titulada *Las aves de América*.

Para escribirla y hacer los dibujos que con profusión la ilustran, vióse precisado Juan Jaime a recorrer el Nuevo Mundo en todas sus direcciones, viéndose obligado, para poder realizar los consiguientes estudios, a vivir en las selvas vírgenes, alimentándose de los frutos que en ellas había y haciendo la vida del hombre primitivo en todo menos en lo de escribir y dibujar, labores ambas que supo realizar con verdadera brillantez.

Poseía también la rara habilidad de ser un perfecto disecador, era amante de los perros y gozaba de un carácter todo dulzura y bondad. Cuéntase que habiéndolo terminado un bello cuadro que representaba un grupo de pájaros, salió del lugar donde le tenía, dejando dormido a su perro, que se llamaba *Céfiro*. El caso fué que éste, al despertar, se precipitó sobre el lienzo, destrozando la pintura, suponiéndose, según nos cuentan, pues el leal animalito a nadie lo dijo, que los volátiles del cuadro, eran reales y efectivos, hecho que nos revela que era un can verdaderamente raro, pues se fiaba más de su vista que de su olfato. Al regresar el artista sintió el consiguiente halago por comprender lo sucedido y, con aquella ternura en él característica, díjole con benevolencia al perro, su fiel compañero: «*Céfiro*, tú no sabes cuán grande es el daño que has producido», y sin robustecer la frase con el argumento de un puntapié, como parecía de rigor, demostrando por una vez más su bondad, tomando los pinceles se puso a remediar el mal acaecido.

En el denominado Molino del Boscaje (*Grove Mill*), que constituyó su morada predilecta, se siguen conservando con cuidadoso esmero todos cuantos objetos recuerdan la permanencia de Juan Jaime Audubon, el exquisito historiador de los pájaros, bello lugar que es muy visitado por legión de admiradores del insigne y famoso naturalista.

Un entusiasta del árbol y del pájaro, D. R. Codorníu, con su suprema autoridad, nos dice: «Nunca he sido partidario de que se subdivida la fiesta, por estar convencido de que cuantos más árboles se planten más pájaros habrá, y de que quien respeta al árbol respeta al pájaro y respeta la propiedad ajena y aun la propia, de la que somos meramente *usufructuarios*, y en ningún caso tenemos derecho de abusar de ella.

»Y tan es así, que podrán las imperfectas leyes humanas no poner estas limitaciones a la propiedad; pero la ley natural, como la ley divina, nos impone la obligación de no hacer nada que perjudique al prójimo, y con la corta abusiva de árboles, con las talas y con la destrucción de los pájaros insectívoros dañamos a nuestros hermanos y faltamos a nuestro deber, aunque los árboles cortados nos pertenezcan y aunque matemos los pájaros de nuestra propiedad.

»Sin ninguna duda tenemos el perfectísimo derecho de ahuyentar y hasta el de matar los animales que nos perjudican; mas jamás tendremos el derecho de martirizarlos para nuestro recreo. Todo hombre culto que esto medite deducirá si debe o no abstenerse de ciertas diversiones.

»¿Porque cuál idea es la que podemos formar de pueblos que no cito, donde en

forma tal son perseguidas las utilísimas golondrinas, que a pedradas se tiran a tierra sus nidos de los aleros de los tejados?

»¿Qué merecen las autoridades que lo consienten y aun cuantos lo ven y no ponen el debido correctivo a los granujas que en tal *deporte* se entretienen?»

Son, por consiguiente, los hechos expuestos los que han servido de fundamento a nuestro Gobierno para declarar obligatorias ambas *Fiestas*. La primera de ellas, o sea la *Fiesta del árbol*, es obligatoria para todos los Ayuntamientos del Reino, disponiéndolo así varios Reales decretos y Reales órdenes y muy especialmente el Real decreto de 15 de enero de 1915, firmado por D. José Sánchez Guerra, modelo de patriotas, de políticos y de caballeros. En este Real decreto, en uno de sus párrafos, se dice: «Los gobernadores civiles no aprobarán ningún presupuesto municipal sin que en él figure partida, por pequeña que sea, *destinada exclusivamente a la celebración de la Fiesta del árbol*. También es obligatoria en España la *Fiesta del pájaro* por virtud de un convenio internacional entre España, Alemania, Austria, Bélgica, Francia, Grecia, Luxemburgo, Mónaco, Portugal, Suecia, Noruega y Suiza, que fué firmado en 19 de marzo de 1902. En su consecuencia, en nuestra ley de Caza, en su artículo 33, se previene la prohibición absoluta de cazar los pájaros que en dicho artículo se expresan por estar considerados en todo tiempo como insectívoros y aquellos otros que en determinadas épocas pueden cazarse, así como también las penalidades sobre destrucción de nidos de cualquier especie, y por la ley de 19 de septiembre de 1896 determinase los consejos que sobre protección de aves insectívoras deben exponerse en todos los colegios de niños y niñas que pertenezcan al Estado o al Municipio.»

Todo esto está muy bien, es necesario, pero es mejor por cuanto gusta el ver ya en nuestros parques, como la cosa más natural y corriente, a algunos jóvenes y viejos rodeados de millares de gorriones, a esos tan simpáticos ratoncillos del aire, saltando en pequeño vuelo desde el mullido césped a las manos de los que los favorecen con unas miguitas de pan.

II

•Abrazaba en espíritu a los árboles, y, como San Francisco, les decía hermanos y los llamaba redentores; los redentores de la agricultura española. Ahora me parecerían los redentores del hombre. Cuando veo estos simpáticos bienhechores de la humanidad extender sus raíces por el suelo calladamente y sus redes de hojas por los aires, tendiendo libremente sus brazos, ofreciendo su sangre sin exigirnos una sonrisa de agradecimiento, así a los buenos como a los malos, me descubro respetuosamente ante ellos.»

JOAQUÍN COSTA

Fué en todos los tiempos y en todos los pueblos la destrucción forestal signo de incultura, de atraso y de ruina, motivando en justa y natural consecuencia con estos hechos el agrandamiento del cauce para la corriente emigratoria.

Todos nuestros Ayuntamientos, dando cumplimiento a los Reales decretos que terminantemente así lo disponen, deberían celebrar anualmente la *Fiesta del árbol y del pájaro*, sea tan siquiera pensando en que el árbol es arte, es naturaleza, es industria, es comercio, es vida, en fin, y también manantial fecundo e inagotable de arte, ya que sirve de inspirador a pintores, escultores, músicos y poetas para crear obras bellas que deleiten nuestros espíritus y recreen nuestros sentidos.

El árbol, como es sabido, desempeña en las armónicas composiciones de los paisajes en general el más principalísimo papel, pues constituye el elemento que en más alto grado le da sus encantos. Los árboles, por su visualidad, sirven para hacer gratos los caminos; por la sombra que sobre esos caminos proyectan, sirven también para defender a los caminantes de los rayos solares, y, asimismo, cuando por su profusión forman barreras, sirven para defendernos del frío y de la lluvia, contribuyendo además a saturar y embalsamar el ambiente atmosférico. Como que los montes y los bosques poseen, entre otras muchas cualidades, la muy relevante de amortiguar la velocidad adquirida por los vientos, a los cuales detienen en la vertiginosa carrera que llevan para «obligarlos» a dejar entre las frondas de sus ramas y de sus hojas los gérmenes de ese infinito número de enfermedades que en suspensión arrastran siempre consigo los vientos, haciendo perder a éstos, a su vez, ese frío glacial que adquirieron al establecer el contacto con la nieve a su paso sobre la montaña.

Y por esto años ha los madrileños, lamentándonos de la pérdida sufrida de aquella espesa cortina de árboles que al término de Madrid circundaba, interponiéndose entre su poblado y la Sierra de Guadarrama, relacionando este hecho con el consi-

derable número de pulmonías que en esta capital se padecían, era cosa muy corriente el decir:

«El aire de Madrid es tan sutil
que mata a un hombre y no apaga un candil.»

El árbol presta hospitalidad al pájaro, como agradecido a él, porque le limpia de la miseria investívora que sobre él vive y se desarrolla; también ofrece el árbol al pájaro sus ramas para que elija su sitio donde dormir, donde construir su nido ocultándole al peligro, donde pueda manifestar sus regocijos expresando sus celos, lanzando al espacio sus trinos que prestan animación al ambiente campesino, alegrando nuestros corazones con sus notas tan armónicas y dulces que nos interesan tanto, que hasta desearíamos interpretar su lenguaje. Pájaros son los que de mosquitos limpian nuestra atmósfera, librándonos, por consiguiente, de sus siempre molestas y hasta en algunas ocasiones ponzoñosas picaduras.

¿A quién no le ha entretenido al observar la elevación de un bando de hormigas voladoras la labor llevada a cabo por las golondrinas hasta terminar con ellas? Las hemos visto pasar y repasar volando con toda frecuencia a través de la columna hormiguera con sus picos abiertos, reteniendo en ellos cuantas hormigas podían, trasladando después afanosas con su botín al nido, donde sus crías les esperaban con las bocas abiertas para recibir en ellas el acopio alimenticio de sus padres... Hay, pues, que decir como Michelet, que el pájaro puede vivir sin el hombre, pero el hombre no puede vivir sin el pájaro.

El árbol embellece todo cuanto le rodea, y si las ciudades modernas son más simpáticas y atrayentes que las antiguas, débenlo en gran parte al arbolado que adorna sus plazas y sus calles, arbolado que es preciso cuidar con esmero y desarrollar con eficacia, porque no sólo embellece e higieniza las poblaciones, sino que contribuye a reflejar el grado de cultura alcanzado por los respectivos habitantes de ellas. En efecto, si al entrar en una población el camino que a ella nos conduce está plantado de árboles y éstos aparecen bien cuidados, es decir, sin presentar podas salvajes, jirones de descortezamiento, ramas tronchadas, rasgaduras de sus fibras, taladros, cortaduras, ni cifras o letreros en las cortezas de sus troncos, tened por seguro que nos habremos acercado a un lugar sin ninguna duda civilizado y culto, de refinados, de exquisitos y espirituales sentimientos, a una población que sabe preocuparse hondamente de su higiene y de su ornato, a una ciudad culta, instruída y hasta bien administrada, que es sabedora y acciona con los frutos de las buenas enseñanzas, admitiendo, como no puede menos de admitirse, la teoría aquella de que los árboles son ricas minas que hállanse en la superficie de la tierra y de capitalización segura y rica; porque en pocas materias van tan íntimamente unidos lo bueno, lo bello, lo útil y lo reproductivo como en el árbol. Y por ello todos los hombres a porfía deberíamos sentir el estímulo por el desarrollo y repoblación del árbol y comprender su utilidad, no sólo desde el punto de vista de riqueza, que es grande, sino también por lo que aporta para la salud, tanto desde el punto de vista higiénico como también por el de terapéutica completado por ese bienestar, por ese recreo espiritual expresado en el descanso plácido de la vida de constante ajetreo y, asimismo, en punto tan esencial a los fines que todos debemos perseguir, cual lo es el relacionado con la atracción de los turistas, porque éstos, por ir derramando a manos llenas su dinero, constituyen un fecundo manantial de riqueza para aquellas poblaciones que saben aprovecharse de él.

Además, no hay que olvidar que la cultura progresa visiblemente con la propagación del arbolado, que es sin ninguna duda el mayor y más efectivo de sus beneficios. Por tanto, digamos con Lerena: «Plantemos árboles para cubrir las desnudeces de nuestros campos, trocando su aspecto de salvaje aridez en risueños paisajes.»

No están en lo cierto, no, los que afirman que el árbol hace perder el carácter de las ciudades artísticas; por al contrario los árboles sirven para acentuarlo y hasta para dar a ese carácter peculiar más vigor, mayor realce, si es que se saben elegir las especies apropiadas; así la palmera es acompañante bellísimo que compone y armoniza en los monumentos y edificios de estilo árabe, y hasta no desdice en los ojivales; mas no conviene que figure, pues no sería esto su adecuado lugar, sino entre otras masas de arbolado, en los correspondientes a los estilos greco-romanos, porque seguramente en estos casos mermaría la esbeltez de sus columnas y demás signos característicos de él.

El árbol, indiscutiblemente, embellece todo cuanto le rodea; y tan es así, que una escultura de piedra, mármol o bronce resulta mucho más artística cuando ha sido emplazada sobre un fondo de árboles. ¿Hay nada más bello, pongo por ejemplo, que la estatua de Velázquez en Madrid, rodeada de hermosos y corpulentos cedros? Allí los árboles, la columnata neoclásica del Museo de Pinturas al fondo y la genial figura del imparangonable Maestro, verdadero Mesías del arte pictórico, son sencillamente tres maravillas, que juntas, por el hecho de contribuir con ponderado acierto a la composición de una obra bella y artística, valen infinitamente más que separadas.

¿No es asimismo espiritualmente hermoso el monumento erigido en Sevilla por iniciativa de los escritores señores hermanos Alvarez Quintero para perpetuar en forma tan delicada y tan artísticamente la memoria del gran poeta Gustavo Bécquer, monumento que hállase emplazado alrededor de un esbelto árbol secular?

Y prosiguiendo mi labor informativa, diré que el hacha es en el podador lo que el pincel en el pintor, porque si el podador no sabe sentir a su manera lo bello ni reunir en su labor en cada caso lo bello con lo útil, labor ésta que principalmente deberá ser diferenciada teniendo en cuenta la especie del árbol y los fines que se perseguían con su emplazamiento, etc., no se obtendrá cuan puede y debe a los efectos de su plantación. Los árboles frutales requieren en la mayoría de los casos podas algo bruscas con el fin de que lleguen perfectamente al seno de sus copas los rayos solares, produciendo los efectos de éstos un mayor número de puntos de donde broten los frutos, que son después más ricos y sabrosos cuando han sido sazonados por dichos rayos solares. Por el contrario, en los árboles de los caminos se deberá buscar por medio de sus podas el que éstos lleguen a adquirir la forma de abanico o de sombrilla con densa copa para que proporcionen sombra abundante. En los árboles destinados a la explotación de sus maderas se deberá buscar su altura y la corpulencia de su tronco, así como la regularidad de su forma.

Dedúcese de lo expuesto que todo lo que embellece un árbol sano y vigoroso, afea los puntos de vista otro mal tratado, no bastando tampoco que el árbol sea bello cuando está cubierto de hojas, porque es preciso que lo sea también en invierno, toda vez que aun entonces habrá de ser grata su vista si de un tronco regular, limpio, recto y sano se fueron separando, reflejándose con ello el buen gusto del podador, las ramas y ramillas que, por carecer de elegancia y esbeltez, les pueden afean. Así, pues, el árbol embellece siempre, es lo cierto, pero embellece más cuanto más bello nos lo supo presentar el podador, operario éste que es al árbol lo que

a la persona el médico, el sastre, la modista, el peluquero y cuantos individuos contribuyen a realzar el aseo y belleza personal armonizando las cualidades y caracteres de cada uno de nosotros con los medios aconsejados por el saber, los usos y costumbres, es decir, sacando todo el mayor partido a los fines propuestos. Así es que en el árbol, como en la persona, debe ser cuidada con esmero su parte física para que rinda una mejor y más constante presentación, contribuyendo con todas sus galas a ofrecer sensaciones de belleza, siempre gratas al espíritu de los que las contemplan.

En cuanto a la conservación de la riqueza artística y de los monumentos arquitectónicos como medio de atraer el turismo y respecto de tema tan interesante, como lo es el relacionado con la catalogación y defensa de ese patrimonio, diré que hay que considerar sin excusa ni pretexto, como monumentos de esa índole, las asombrosas construcciones que efectúa la célula vegetal en su trabajo incesante, admirable y metódico, pues por constituir el arbolado un supremo recreo para el alma elevan el espíritu a las más puras, delicadas, exquisitas y sublimes regiones de la idealidad.

Tienen en la Historia los árboles seculares la importancia, la grandeza y hasta la majestad de los más importantes monumentos, y todos los grandes pueblos—grandes porque es grande su cultura, su civilización y su progreso—tienen descritos y catalogados los árboles notables que poseen por su tamaño y antigüedad, así como todos aquellos otros que fueron testigos mudos de hechos históricos.

Porque los monumentos arbóreos tienen la gran ventaja de estar al alcance de todos los pueblos, pues en la más insignificante aldea, en el más pobre y más modesto lugar cabe plantar un árbol en la plaza principal o en otro sitio preferente dedicándole al recuerdo de algún personaje ilustre, al de algún bienhechor o al de algún memorable suceso, y a medida que el árbol vaya creciendo y transcurra el tiempo, éste adquirirá mayor valor y será por lo que representa y significa, así como un venturoso pregón de algo verdaderamente digno para la localidad, que obligará a los que la visiten a reconocer que en aquella ciudad o en aquel pueblo se sabe rendir el merecido homenaje a la cultura, a la gratitud y a la Historia.

Siempre sirvieron los árboles para solemnizar los más grandes hechos perpetuando sus recuerdos. Y es Plinio el que nos dice que fué Rómulo el que, para solemnizar una de sus más grandes victorias, plantó un loto. César, para testimoniar con algún hecho que Roma era dueña de España, plantó por su propia mano en Córdoba un plátano, y en la misma Córdoba, ochocientos años después, plantaba el famoso Abderraman una palmera, dedicándola una inspirada balada, poesía que era recitada de memoria por los árabes, *viniendo a ser aquella ciudad favorecida, según manifestación del insigne historiador Lafuente, el centro de dos civilizaciones representadas en dos árboles plantados por las manos del genio del Mediodía y del Oriente.*

El arce es el árbol nacional del Canadá. Los norteamericanos continúan rindiendo un fervoroso culto al famoso olmo de Wáshington, que es el que simboliza su independencia. Los franceses, para conmemorar el triunfo de la primera República, plantaron el árbol que denominaron de la libertad.

En España tenemos, entre otros árboles famosos, el de Guernica, árbol que, en forma tan sentida y tan poéticamente, sabe simbolizar con los gloriosos recuerdos los ideales de las cuatro provincias hermanas.

También Pablo Mantegazza, buscando esos espirituales simbolismos, dijo que el

ciprés de columna representa el dolor mudo, severo, reconcentrado; el dolor que no llora, el dolor varonil, mientras que el sauce es la imagen viviente del dolor que llora, que esparce la cabellera para acariciar la tierra donde reposan los restos amados, y añade que, cuando la brisa levanta los extremos sumergidos de las ramas, parecen las gotas de agua que caen lágrimas de dolor. Pensamiento éste que nos hace recordar la preciosa composición titulada «El sauce y el ciprés», de nuestro famoso poeta Selgas, que termina:

«Dichosos, ay, los que en la tierra lloran,
le contestó un ciprés mirando al cielo.»

Y por ello, por todo cuanto estos árboles significan y representan en el desenvolvimiento de la vida de los pueblos y hasta de las naciones, los cuidan con el mayor esmero y atención, y en su deseo muy justo de prolongar su existencia se recurre a los más ingeniosos procedimientos para trasplantarlos, y, si mueren, se hace que la hiedra recubra su sagrado tronco, concediéndolos así una poética sepultura.

Hay asimismo que reconocer que fueron los montes y los bosques en todo tiempo, aun en los más remotos de la antigüedad, templos que hallábanse consagrados al culto de las musas. Porque a honor muy grande tuvieron en su día el refugiarse en el Helicón y en el Parnaso sin renegar jamás de su cuna, autorizadísima opinión ésta que fué sinceramente compartida por Cervantes, nuestro divino y esclarecido genio del bien decir al expresarse en los siguientes términos: «*El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan al mundo frutos que le colmen de maravilla y de contento.*»

Es a una revista de carácter profesional denominada *Revista de Montes* a la que corresponde el honor de haber emprendido con apostólica fe la difícil tarea de catalogar los árboles más notables que España posee, magna empresa merecedora de los más ponderados elogios. También habré de decir que son numerosos los escritos en que se viene defendiendo a esos árboles notables, a los que, como a los montes y bosques, deben ser considerados como monumentos artísticos, como verdaderas bellezas naturales; porque el *reino vegetal*, como nos tiene dicho Arturo Noel, es indiscutiblemente *el decorador por excelencia y el más perfecto colorista*. Y tan es así, que, desde luego, toda masa forestal constituye un conjunto de suprema belleza y de perfecta armonía.

Como es sabido, los montes declarados de utilidad pública poseen, por el hecho de hallarse amparados por el Estado, privilegiadas garantías para su conservación y repoblación, garantías que desgraciadamente sólo demuestran tener una efectividad real cuando las autoridades administrativas y judiciales cumplen con su deber. A los ingenieros de montes que tienen éstos a su cargo ya se los ha pedido que den a conocer con la mayor amplitud posible las principales bellezas de ellos y todos cuantos datos puedan interesar a los que traten de visitarlos, con el fin de que puedan figurar en las guías de turismo.

También hay que defender los paisajes más notables que tenemos, como con tanto acierto y oportunidad nos ha propuesto el Sr. Granadino en su interesante revista *Madrid Científico*, con el fin de que no sean destruidos y ni tan siquiera es-

quilmados con talas y podas salvajes, ni tampoco afeados con construcciones que oculten sus más notables puntos de vista, restándolos con ello vida, belleza y armonía.

Nosotros tenemos parajes de imparangonable belleza en Galicia, en Asturias, en Santander, en Cataluña, en las Vascongadas, en Extremadura, en Despeñaperros, en los Pirineos, en Sierra Nevada, en las Sierras de Gredos, Guadarrama, Navacerrada y Somosierra. Es, además, Madrid la única capital del mundo, de entre las importantes, que puede ofrecer la ventaja inmensa de tener a una hora de distancia los lugares más bellos y sugestivos imaginables para poder practicar en los mismos todos los deportes de la nieve. Pero es absolutamente preciso que estos privilegiados lugares de solaz y de esparcimiento de los habitantes de la capital hacerlos, por una parte, cómodamente asequibles y, por otra, darlos a conocer profusamente, procurando al mismo tiempo que los más sobresalientes de ellos sean declarados monumentos nacionales, haciéndolos figurar, a los fines propuestos, en las guías destinadas a la atracción de los turistas. Mucho es lo que en este tan patriótico propósito puede hacer nuestro Ayuntamiento, de acuerdo con la Comisaría Regia de Turismo, con las Cámaras de Comercio e Industria y la cooperación de las Corporaciones y entidades de carácter forestal, la del Club Alpino Español y la Sociedad de los Amigos del árbol, aportando con su concurso los numerosos datos que reúnan, útiles de gran valor que habrán de servir para inculcar y despertar el ánimo, aumentando visiblemente el número de los excursionistas a estos lugares de ensueño y de poesía.

Respecto a las disposiciones prácticas para la defensa de los paisajes y sus puntos de vista diré que es, sin ninguna duda, la primera de ellas que hay que poner en vigor, la de conservar los árboles notables y las masas de arbolado existentes y, además, plantar cuantos se puedan, estableciendo la repoblación forestal, al ser posible, de todos los terrenos incultos, transformando aquellos pastizales que reúnan condiciones apropiadas en pastizales arbolados, con lo que los existentes rendirían con esta ampliación mayores productos, y generalizar los arbóreos, es decir, aquellos en que se plantan los árboles para que sus hojas y ramas tiernas sirvan de alimento al ganado. Las cortinas de arbolado, tan útiles para nuestra agricultura de la vertiente mediterránea de España, también embellecerían el paisaje, sucediendo otro tanto, en lo que a Madrid se refiere, con una cortina arbórea que sirviera, como ya tengo dicho, para tamizar y saturar los vientos fríos del Guadarrama.

Esa protección y defensa que para paisajes y árboles se viene sin interrupción de continuidad solicitando es legítima en alto grado... Se procura que no salga de España lo que con tan acertado criterio constituye nuestro patrimonio artístico, invirtiendo, en consecuencia, el Tesoro nacional en adquirir esos objetos cuantiosas sumas, y con sobrada razón para ello se protesta contra los que procuran su enajenación aun cuando se trate de invertir la totalidad de las cantidades recibidas por esas ventas al extranjero en empresas tan laudables y meritorias, como son la instrucción y la beneficencia, ofreciendo, por consiguiente, un muy doloroso contraste la indiferencia con que vemos destruir bellezas naturales que, al propio tiempo, son riquezas, cuya ruina hubiera podido evitarse sin indemnización alguna o a muy poca costa. Téngase, pues, en cuenta que en esta materia, como en tantas otras, crear es, a la vez que muy difícil, muy costoso, mientras que el conservar e intensificar lo ya creado es muy barato y hasta en la mayoría de las veces, sin hacer más que conservar con verdadero esmero, crece extraordinariamente el valor y la belleza de las obras.

Hay, asimismo, que intensificar los parques y los jardines, porque éstos constituyen los pulmones de las ciudades, pues cosa sabida es la acción química que ejerce la clorófila (parte verde de las plantas) sobre el ácido carbónico del aire atmosférico, transformando este gas, que es nocivo a nuestra salud, en oxígeno, que es un gas bienhechor a nuestra vida, factor éste el más importante de la balanza de compensación entre el reino animal y el vegetal, tomando éste ese ácido carbónico que el hombre espira y devolviendo al hombre en su lugar el oxígeno, que es el que el hombre con el aire aspira. Porque los parques y jardines, aparte de esta relevante cualidad, poseen la de servir de recreo espiritual a nuestros sentidos. Y es M. Wittet el que, refiriéndose al parque, decía: «Los parques son así como los puestos seleccionados de dulzura y de reposo para las madres, los niños, los esposos y los enamorados; han sido creados para todo el pueblo y por igual para el rico que para el pobre, de un modo general y con los mismos derechos y privilegios para todas las clases sociales. El parque lleva al pueblo hacia una vida superior; son retiros educadores por excelencia y constituyen una fuente inagotable de inspiración y de encantos. Desde todos los puntos de vista el ciudadano debería elevar su plegeria fervorosa en pro de los parques, pues el parque es la herencia opulenta del pueblo para los tiempos venideros.»

III

•El ave parece el verdadero emblema del Cristianismo en este mundo; prefiere la soledad al bullicio, el cielo a la tierra, y su voz bendice sin cesar las maravillas sublimes del Creador.»

CHATEAUBRIAND

Es a nuestros niños a los que corresponde, guiados por sus maestros, encauzar valerosamente el problema de nuestra repoblación forestal.

Era el insigne cardenal Ximénez de Cisneros, de tan grato como bien merecido recuerdo, el que solía decir, según crónicas de aquella época, que el mejor predicador que él había conocido se llamaba Fray Ejemplo. Con esto quiero decir que, como el hombre siente en todos los momentos de su vida una irresistible tendencia a la imitación, deberían nuestros Poderes públicos, poniéndose a tono con el referido y hasta ya famoso predicador, obligar a todos los Ayuntamientos de España, empezando por el de Madrid, a que dedicaran una parte de sus respectivos términos municipales, grandes o pequeños, según sus medios, a la creación, en lugares todo lo más apropiados de los mismos, de un rodal de monte, sembrando y plantando en cada uno de ellos diferentes especies forestales, mejor cuanto más variadas pudieran ser éstas, ayudando así a la Naturaleza, para que ésta complete después, con su acostumbrada prodigalidad, la obra llevada a cabo.

Claro está que con la realización de este beneficioso proyecto no se produciría un parque que, como tantos otros, se hallase provisto de anchos, alineados y enarenados paseos, dotado de artísticas estatuas, de bellas fuentes y de vistosos adornos de jardinería; porque lo que esos rodales pudieran perder en belleza artificial, lo ganarían usurariamente en encantos naturales; y si el menudo césped no cubriese el suelo, de cubrirlo voluntariamente se encargaría, en forma de pradera, una variadísima vegetación espontánea, que también posee hermosura.

Y entonces, teniendo sumo cuidado de quitar de dichos rodales, por medio de escardas practicadas con minuciosidad, todas aquellas plantas silvestres que impidan el tránsito franco y agradable por dichos rodales, como son los cardos y todas aquellas matas y arbustos espinosos, labor que habría de ser completada no lastimando los árboles con bárbaras podas; estos proyectados rodales serían visitados en general con verdadero placer, y además servirían de museo viviente de Historia Natural, pues en ellos se podría estudiar prácticamente la fauna y la flora de cada localidad, y los maestros de las escuelas respectivas, en unión de otras personas peritas en tales conocimientos que quieran imponerse la obligación, siempre agradable, de compartir estas admirables tareas de difundir cultura, podrían enseñar a los escolares las rudimentarias nociones del cultivo forestal, proporcionando con ello

incalculables beneficios a la Patria, siempre bien amada... Ya que todos hemos aprendido aquella inspirada oda de Fray Luis de León, que comienza así:

«¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido!»,

y todos también, con tan excelso poeta, hemos exclamado:

«¡Oh monte, oh fuente, oh río,
oh secreto seguro deleitoso!»

Así es que, puestas en práctica estas ideas, semillas no más de ricos, abundantes y sabrosos frutos en los tiempos que vendrán, los niños, y también los hombres, aprenderán a apreciar y a defender al árbol y también al pájaro, porque cada uno de ellos, a su manera, son dos grandes bienhechores de la humanidad. Y entonces los maestros de escuela, con sus sabios consejos y provechosas enseñanzas, sabrían borrar de nuestro ambiente esa salvaje costumbre de «ir a nidos», y asimismo esa otra no menos salvaje de emplear el tirador para cazar pájaros... Como que con la práctica de estos tan sencillos procedimientos—lo podemos asegurar—se obtendrían mejores y más efectivos resultados que por medio de discursos, de trabajos periodísticos, de bandos y de decretos.

Bueno será, además, el hacer plantar muchos árboles de todas clases a los escolares, educándolos a su vez en el sentido, por lo delicado y espiritual que es, que repartan, aunque no sea más que una pequeña parte de su pan con los pajarillos, y que los confíen tanto en la seguridad de no hacerlos mal, que esos pajarillos, sin renunciar a su bien merecida libertad, coman el pan ofrecido de las propias manos de sus alimentadores.

Y estos mismos escolares, al observar el crecimiento de aquellos árboles por ellos plantados, al cuidarlos constantemente proporcionándolos como precisa los abonos, las labores y los riegos adecuados, aprenderán, si ninguna duda, a respetarlos y a quererlos.

Son los niños los que, guiados por sus maestros, deben encarar valerosamente el problema de la repoblación forestal hasta resolverlo con interés y esfuerzo constante.

Y por el empleo ordenado y metódico de estos sencillos procedimientos, plácidamente y sin emplear jamás la violencia, se podría llegar a ese tan ambicionado, tan supremo deseo nuestro de que la custodia de los parques, de los prados, de los montes y de los jardines de España, estuviese confiada, como en otros países sucede, tan sólo a la cultura de sus respectivos vecinos; pero condición precisa habrá de ser a los expresados fines el que esta hermosa, culta y patriótica *Fiesta del árbol y del pájaro* sea revestida dentro de su sencillez de aquella solemnidad que por todos conceptos merece.

Porque de no ser así, si se la otorgan no más honores de uno de esos festivales análogos a una verbena, cabalgata o mascarada, festivales en que una vez terminada su celebración, si no se tiran los disfraces, los farolillos de colores, las banderas y demás artefactos que sirvieron para deslumbrar a los contempladores de ellos, unos y otros artificiosos objetos se dejan arrumbados, para que sirvan, una vez desempolvados, en la celebración de las del año venidero...

Porque si ven los niños que después de plantar los árboles y de haber dado suelta a un buen número de pajarillos cautivos al compás de nuestro glorioso Himno nacional y el canto a la bandera como insignia de la Patria, que aquellos árboles se secaron por abandono, y asimismo si se percatan de que se siguen vendiendo en los mercados de abastos, ensartados en cañas o ya fritos, incluso a la vista de los transeúntes, en las tabernas y bares, esa enorme cantidad de pajarillos insectívoros, y se enteran también, con esa refinada precocidad que los niños poseen, de que a esos atentados contra la cultura y los buenos sentimientos no se les ha aplicado los merecidos castigos; las enseñanzas recibidas con la celebración de dicha fiesta resultarían en este caso contraproducentes, toda vez que estos niños se habrían dado cuenta, precisamente en esa edad en que las injusticias no se borran jamás de sus tiernas inteligencias, de que las autoridades todas, en colaboración con sus respectivos maestros, al recomendarlos cariño y respeto para árboles y pájaros, no habían hecho otra cosa que representar una indigna y bochornosa farsa oficial... En cambio, si se procede honradamente, de buena fe, con entusiasmo y moralidad; si las autoridades, en colaboración con los organizadores y respectivos maestros toman todos esta fiesta en serio, dando con ello una prueba pública del sincero amor que sienten por ella, y saben castigar severamente, que es como está preceptuado, a los que, sin distinción de clases y de jerarquías sociales, puedan delinquir, este acto, celebrado con gran solemnidad, impresionaría vivamente a los niños y perduraría en su mente en el transcurso de su vida. Y, además, si en fiestas, excursiones y meriendas sucesivas se les reparten profusamente estampas y folletos sobre lo que el árbol y el pájaro valen, significan y representan en el desenvolvimiento de nuestra existencia, es cosa segura que se habrán de despertar vigorosamente en esos niños, que precisamente son los hombres de mañana, ideas de respeto, de entusiasmo y de amor; y si después sus respectivos maestros de escuela los llevan de vez en cuando a visitar los árboles por ellos plantados, y en su presencia se establecen atinadas comparaciones en relación con los plantados en años anteriores, y se les hace ver prácticamente, con el fin de que esos niños puedan sacar las consiguientes deducciones, que son más crecidos, que son más robustos aquellos árboles que mayores y más adecuados cuidados recibieron.

Y si al mismo tiempo se les habla de la utilidad que a la agricultura prestan los pájaros, haciéndolos saber que son éstos los que destruyen numerosos insectos que causan un enorme daño a las plantas y a las semillas ya sembradas, porque cada pájaro viene a consumir cerca de cincuenta insectos de los que se nutren de flores, hojas y frutos, insectos que, a la vez, son propagadores de infinito número de enfermedades nocivas a nuestra salud. Como que agricultura sin pájaros es agricultura sin beneficios, siendo, por el contrario, signo de prosperidad para ella la abundancia de pájaros en la campiña.

E igualmente si a esos escolares se les hiciera saber, por medio de razones y de ejemplos, los perjuicios tan enormes que a los árboles se causan con las podas exageradas y con otros varios daños que se cometen en los campos, por inconsciencia en algunos casos, y por expresa maldad en la mayoría de ellos, se dejarían de ver, contrariamente a lo que ahora sucede, multitud de arbolillos desvencijados, tronchados, débiles, heridos, con sus cortezas rugosas, leñosas, abotonadas de tanta cicatriz que, como sellos de carroña, delatan gráficamente todos los atentados de que fueron víctimas. Porque con la práctica de ese apostolado se inculcaría en los niños, desde su infancia, período de su vida el más propicio para ello, ese supremo e

inexcusable deber que todos los hombres tenemos de proteger al débil, a todo aquél, sea por lo que sea, que no pueda defenderse, bien se trate, como en este caso sucede, de un gorrión atrevido y parlero o de un pobre arbolillo.

Dejamos escapar, no plantando árboles, la humedad que hállase retenida por esa capa vegetal formada en el suelo, tan útil al vegetal mismo; puerta de entrada que, como esponja, abastece el manantial; que nos da vida apagando nuestra sed y la de toda planta que en ella habita. Y es esa misma humedad la que, en su emigración al firmamento, forma la vaporosa nube que nos proporciona la lluvia que riega los campos. Además, con la falta del arbolado estamos más expuestos a recibir el rayo. Díganlo sino las estadísticas de los pastores, de los labriegos y de los caminantes muertos por esta causa en los lugares despoblados de árboles, sirviendo ellos de pararrayos humanos, por carecer de esa protección que la abundancia y la altura del arbolado facilita a la chispa eléctrica para su recogida y desvanecimiento en la tierra, elemento indispensable para que se suavicen las iras de la tempestad, haciéndola más dulce en su contacto con la tierra.

«La tala de los montes—nos dice el eminente físico Arago—es la destrucción de un número de pararrayos igual al de árboles que se cortan; es la modificación del estado eléctrico del país; es la acumulación de los elementos indispensables a la formación del granizo en una localidad, en la que este meteoro se disipaba por la silenciosa e incesante acción de los árboles.»

Sí, queridos niños; plantemos muchos árboles de todas clases y especies, con arreglo a la climatología de cada localidad, para que, aprovechando esa agua tan beneficiosa para todos los frutos de nuestros campos que, como bendición del Creador, el cielo nos envía, podamos nosotros conseguir, en premio a nuestros deberes, que se aminoren los terribles fríos del invierno, que tantas vidas de semejantes nuestros se llevan, y se dulcifiquen los calores del verano, evitando, por medio tan prudente como previsor y reproductivo, por consiguiente, cual lo es la propagación del arbolado, esa acumulación de torrentes que en desenfrenado torbellino inundan los campos, pudriendo su contenido, y llevándose al mar las semillas que el labrador echó sobre los abiertos surcos en la tierra, los frutos que tantos cuidados ocasionaron hasta su sazón e incluso las aves domésticas que al abrigo y socorro del vegetal vivían, evitando a su vez los pedriscos devastadores, plagas del campo, todas éstas que, como justos castigos, Dios envía a los pueblos que se niegan a mantener, a repoblar y a crear frondosos bosques. Contribuyamos también, pero sin reservas, a la propagación de los pájaros insectívoros, y no solamente por lo mucho que nos pueden alegrar la existencia con sus trinos, cánticos y gorgoros de sus matinales regocijos, sino por el mucho bien y por la utilidad que prestan a ese manantial fecundo de riqueza de los pueblos cultos, que se llama la Agricultura.

Recabemos, pues, de los Poderes públicos, como está por ellos mandado, la celebración de esta Fiesta, pero con todos los medios eficaces que nos sirvan de garantía para imponer primeramente y conservar después todos sus incalculables beneficios; pidamos auxilios y la consiguiente contribución moral a todas las Instituciones forestales, ingenieros de montes y agrónomos, etc., para la realización y traducción en hechos positivos de todo cuanto confiere y sirve para beneficiar la obra.

Mucho es lo que en esta ocasión confío en los hombres, pero más en los niños, que es a los que debe corresponder con sus actos el honor de demostrar su amor al árbol... Es en vosotros, queridos niños, en quienes fundamento mi esperanza de que impresionadas intensamente vuestras tiernas inteligencias con tan excelsa verdad

de que la creación nos dotó de una utilidad tan grande para todos los seres de ella, como es el reino vegetal, y cuya conservación e intensificación corresponde a los hombres. Por esta razón confío en que seréis vosotros, queridos niños, los que con vuestros entusiasmos en pro de la idea, con vuestra fe en ella y con vuestros ejemplos prácticos, los predestinados a establecer de una vez para siempre esa por todos conceptos absolutamente precisa educación social, que es la que constituye el mejor y más sólido cimiento de toda nacionalidad.

Porque es que tenéis que ser vosotros, niños queridos, los que en el colegio, y simplemente con vuestra risita atrevida e inocente, pero despectiva, hacia el compañero que desprecia al árbol, que le haréis, por esta y única vez, sienta el sonrojo de su propia ignorancia, enseñándole después, pero dulcemente, para que no vuelva a caer en el consiguiente ridículo, las ventajas de todo orden que a los pueblos proporcionan los montes, los bosques y el arbolado en general. Y tened por seguro que este niño, compañero vuestro, antes enemigo del árbol, será el que, inspirándose en vuestras enseñanzas y consejos, enseñe estos conocimientos a la promoción siguiente; y así, de una promoción a otra y de generación en generación, hasta conseguir, pero por convencimiento pleno de ello, que el árbol sea plantado y conservado como necesidad imperiosa de la humanidad.

Hay que enseñar a los niños todos, estimulando su sana espiritualidad, el respeto, la consideración y la estima que por todos conceptos merecen las especies pertenecientes al reino vegetal, que tan amplio campo para nuestra acción nos ofrecen. Sí; es necesario hacer saber a la muchachada que de ese reino procede el pan, los pasteles y otras muchas golosinas que con tanta dulzura y placer come, e igualmente que son productos vegetales esas deliciosas frutas que consumen en sus postres y meriendas, y que no merecen, por tanto, los árboles el ser maltratados, trepando unas veces sobre sus troncos, moviéndolos bruscamente otras y, lo que es aún peor, hiriéndolos a través de su corteza con la punta del peón o con las hojas de sus navajitas, inscribiendo con éstas sus nombres para que, como rastro de su punible hazaña, queden impresos cual pregón indeleble de su espíritu destructor... Cuando un niño vea herir a un árbol, como si se tratara de un semejante nuestro, debe acudir presuroso con el fin de remediar el mal que le hubiera sido causado, aportando para curar su herida, de la que manará la savia, que es su sangre, los materiales reparadores del daño inferido.

Hay que enseñar al niño que la vara para su látigo de precoz carretero no lo deberá obtener jamás del tierno tallo, guía futura del árbol de mañana, sino del arbusculo multitallar o del árbol adulto en su ramificación de obligada poda.

Hay que enseñar al niño a plantar el árbol y a cuidarle después, llevándole en sus paseos escolares al sitio de la plantación, y que aporten, según la época, algunos elementos de protección y cuidado para los mismos, que en su conjunto darían, con sus cantarillos de agua, con sus saquillos de abono y con sus manojos de paja larga, agua para su sed, alimento para su hambre y abrigo para su frío.

Hay que enseñar al pastorcillo a que sus rebaños de cabras no causen daño al arbolado, guiando estos rebaños, asoladores de la vegetación arborea, a aquellos lugares donde no puedan causar estos lamentables perjuicios. Y al pastor mismo, tan funesto, por ser el que con su inconsciente crueldad, cual verdadero milano del nido, que como él observa con sus miradas el desarrollo de las crías para devorarlas, codimentadas a su manera, cuando las considera en sazón para ello; encontrando un placer, todavía más censurable, derribando los nidos a pedradas que, con

perfecto instinto de conservación, habían sido establecidos por las aves en lugares donde su mano no alcanza, de no servirse de la piedra, y sin que por su imaginación dormida y obtusa pase una idea que revele el daño que infiere a la agricultura y a los buenos sentimientos con las vidas que extingue. Hay que tratarle con rigor, es cierto, pero después de haberle inculcado estas espirituales enseñanzas; porque de no proceder así, no sería de él la culpa correspondiente a sus malas acciones, sino de los que debiendo, no supieron o no quisieron cumplir con aquel santo precepto de las obras de misericordia, que nos dicen: ¡Enseñad al que no sabe!

Hay que ser implacable en la persecución del «tirador» hasta suprimirlo, pues constituye un arma ofensiva, funestísima y nada útil.

Hay que enseñar al labriego a que plante con abundancia árboles frutales allí donde pueda, con tal que no sirvan estas plantaciones de obstáculo al cultivo intenso y reproductivo de sus respectivas siembras; y al ganadero rural, que generalmente es el mismo, hay que hacerle saber que la plantación de árboles no disminuye en nada la alimentación de sus ganados.

Hay que acabar con la costumbre, por lo funesta y perjudicial que resulta, de esos jóvenes que para demostrar las explosiones de su contento, dedicanse a la destrucción de los jardines, de los bancos dedicados al descanso y al ornato de la población; que rompen y destruyen el alumbrado público y profanan cuanto de culto hay en su lugar. A estos «niños bien» hay que hacerlos saber que no está precisamente en la realización de estos vergonzosos actos ni el valor ni los méritos de los hombres, sino que éstos están en preparar su cerebro por medio del estudio, a porfía con el que más valga, para dar a su correspondiente pueblo, ciudad o capital el nivel de progreso de los demás pueblos para que, juntos todos, hagan a la Patria el honor que merece.

Hay que acabar también con esa bárbara costumbre pueblerina de cortar, por lo menos, anualmente el más hermoso y más alto árbol del respectivo término municipal, árbol en el que queriendo simbolizar en él las exuberancias de vida de la primavera, llaman «Mayo». Árbol éste que es ofrecido por los mozos del lugar a las mozas del mismo, cual trofeo a su honor. Hay que enseñar a esos jóvenes a trocar esa fiesta, que no significa vida como quieren que suponga, sino muerte; pues tiene la destrucción del vegetal por origen, en fiesta de repoblación del arbolado, que por significar creación, la pueden ofrecer con mayor justeza y hasta con más suprema y delicada exquisitez al objeto de sus amores... Árboles y más árboles para que las pinceladas paisajistas que éstas representan en la bella Naturaleza sirvan de ornato, de embellecimiento y de salubridad a su querido pueblo, dando margen con esta obra tan culta como patriótica a la composición del cuadro, donde en su paseo se exhiban luciendo sus galas sus bellas y adoradas mujeres.

Hay que hacer conocer a los Ayuntamientos en general la topografía de sus respectivos términos municipales y a prevenir los sitios más apropiados para los consiguientes ensanches de las poblaciones, del establecimiento de carreteras, de paseos, de escuelas y demás obras de progreso local, con el fin de que las plantaciones de árboles que se realicen sean estables, y no precise, como en muchos casos viene sucediendo, su corta, aun encontrándose en pleno apogeo, por exigirlo así reformas ulteriormente proyectadas. También esos Ayuntamientos deberán tener presente al verificar las plantaciones de árboles que es de necesidad absoluta sean aprovechadas con las pequeñas porciones de tierra, aunque entre riscos; que en las pendientes bajas de esas sierras peladas y esqueléticas sean defendidos sus ruedos

de los torrentes que por ellas descienden, por la plantación de árboles, porque esos son torrentes los que formaron esos ruedos, y si éstos no se defienden por las redes formadas con las raíces de los árboles que se planten, también serán destruidos en los consiguientes arrastres.

Hay que enseñar también a los hombres del campo a conservar la tierra perteneciente a sus respectivos Concejos, creando planicies, como lo hace el pantano en el transcurso de su acción, acumulando sedimentos y tarquines para ir rellenando su vacío hasta llegar a formar con su desaparición la planicie para establecer en ella la plantación. Deben hacerse, copiando a la propia Naturaleza, muros arbóreos en aquellos sitios en que las aguas se llevan la flor de las tierras, destruyendo esa rica corteza terrestre en la que debemos plantar el vegetal, sostén de nuestra vida, fármaco múltiple, esencia del aire que respiramos. Como que para algo muy importante y muy definitivo el médico dispone de dos medios curativos y de igual valer el uno como el otro donde mandar al niño débil para que se conforte, para que se sature de salud: si al mar para que, solazado en su atmósfera y arenas yodadas, vivifiquen aquel cuerpo débil, o a la montaña poblada por el árbol, que con su oxígeno impregnado con la savia del pino y de sus resinas trementinadas saquen al niño de aquel serio compromiso de nutrición que amenazaba su vida.

Hay asimismo que dirigirse a los maquinistas conductores de los trenes para que respeten como corresponde y merece el forestal, ya que el ingeniero de montes no puede disponer de andenes de aislamiento tan amplios como el recorrido de esas chispas emigrantes de los hogares de las locomotoras. Los fogoneros de los trenes deberán evitar, siempre que posible sea, la realización de aquellas faenas productoras de desprendimientos de chispas en los sitios donde la vegetación pueda incendiarse o el arbolado sufrir quemaduras.

Hay, por último, que dirigirse a las autoridades para que éstas, como tales, hagan cumplir escrupulosamente los preceptos de la ley, persiguiendo al incendiario de montes hasta el último rincón en que pudiera ocultarse, siendo severo en la sanción, porque estos incendiarios suelen cometer estos tan graves delitos con el fin de presentarse después como postores en la subsiguiente subasta de corta del monte incendiado; riqueza que por esta causa hay que ofrecer, como vulgarmente se dice, por un pedazo de pan.

Deber primordial deberá constituir para el educador del niño el guiar a éstos con principal interés e inclinación para su desarrollo físico por el ejercicio al aire libre en sitio alto, exento de fermentaciones del suelo y con ambiente que se halle saturado por el arbolado. No me opongo, no, a que en la realización de su desarrollo físico por medio del ejercicio figure el salto, la carrera, la pelota vasca y castellana, el *tennis* y hasta el *foot-ball*, si es practicado con moderación, y asimismo la gimnasia campestre, la equitación, etc., todos estos ejercicios, practicados por el buen sentido del niño y bajo la dirección del maestro, que será el que con saber y experiencia sabrá servir de freno a su mayor deseo.

Y habré de oponerme radicalmente al del pugilista (boxeo), porque las vísceras o entrañas del cuerpo humano no fueron creadas para la brutalidad, para la bárbara conmoción, para su repugnante ultraje, pues este inhumano ejercicio o práctica de él, incluso en forma de espectáculo público, no sirve para otra cosa sino para conservar y perpetuar la nota de sanguinaria fiereza de los hombres incultos y primitivos.

Y como esos nuevos oficios no representan más que a la incultura, creo yo que

no deberían ser autorizados como tales; porque no son esos «campeones» los que sirven para representar el valor, el valer y el desarrollo físico de los habitantes de una nación, toda vez que estos hechos aislados nada significan; algo más es lo que a estos fines representa el soldado con su ejercicio y su entrenamiento en la táctica militar. En otras manifestaciones más generales, más grandes y más definitivas están, a mi juicio, la uniformidad y la supremacía del desarrollo físico humano que caracteriza a una nación; porque éste hállese preferentemente expresado en el ingreso alimenticio, en el freno genésico, en el descaste de sus infecciones, en la higiene pública y privada, en la existencia de baños públicos gratuitos y, por último, en la selección matrimonial.

Todos los Ayuntamientos, sin ninguna duda, tienen que pensar en la creación de campos de juegos, de bosques y de jardines, en armonía con las necesidades de la higiene, de la educación y del esparcimiento de sus respectivos vecinos; pues constituyendo el juego, especialmente en los niños, una necesidad fundamentalmente biológica, no pude explicarme jamás que puedan ser las Ordenanzas municipales las que lo prohíban. Esto no es ni lógico, ni justo, y mucho menos aun el que, invocando la comunidad, se castigue ese ejercicio como falta cometida no habiendo creado antes, pero en lugares adecuados, los correspondientes campos para juego. Se me podrá decir que tales deficiencias pueden ser fácilmente subsanadas, bastando tan solo para ello la creación de gimnasios por el Estado o el Municipio, según los casos. Bien estará que éstos se creen, pues los creo necesarios; pero habré de negar rotundamente que el juego y la gimnasia son las mismas cosas o, por lo menos, su equivalencia; no, porque lo que ésta supera al juego en cantidad de arte, no podrá nunca ser compensado por el valor social en el ejercicio al aire libre de los juegos de la muchachada, ni aun descontando en su realización las cualidades, verdaderamente relevantes, de pericia, decisión y audacia adquiridas en la práctica de los deportes.

Sin ninguna duda, el ejercicio proporciona desarrollo físico, pero es a cambio de regular ese ejercicio; porque es éste el que ocasiona, con el desgaste, el agotamiento humano. Hay, pues, que nutrirse, buscando el necesario equilibrio, es decir, teniendo presente que si bien el órgano y el músculo se desarrollan por ese ejercicio, debe éste tener también su límite, toda vez que roba a los demás órganos lo que produce para el desarrollo y función de aquellos otros, ocasionando el consiguiente perjuicio a la unidad corporal. Téngase en cuenta lo dicho para relacionarlo con puntos de tan capital importancia, cual lo son todos los referentes a los ejercicios físicos, en que hay que evitar los cansancios sucesivos, porque éstos, desgraciadamente, por sumarse, producen el aniquilamiento humano y hasta la muerte. De aquí que yo tenga que recomendar insistentemente que sea el maestro el que dirija e inspeccione estos recreos infantiles, teniendo presente en sus observaciones todas las características de cada niño, respetando siempre y en cada caso las aportadas por las madres, fieles observadoras de ellos. Refrenar al que no se sacie del juego, comprometiendo el caudal de su resistencia, y averigüese el por qué de aquel otro niño que se niega a jugar.

El niño sano pone sus músculos en continuo ejercicio, soportando tanto movimiento desde que se levanta hasta que vuelve al lecho, que bien se podría decir que esta función constituye el motor que anima y dirige todas las demás, como su respiración, su circulación, su transpiración, etc., y por ello tiene que ser el maestro, lo habré de repetir, el que actúe de regulador de todos sus ejercicios y descansos en

lugares apropiados, así como en tiempos oportunos para ellos adoptados, con su elección al lugar donde sus ejercicios se realicen; con el fin de que éstos puedan rendir el mayor beneficio en pro del niño en su soltura y libertad. Abundante oxígeno, ambiente puro y aromatizado por el bosque, por la montaña poblada de árboles, para que éstos puedan cuidar de la salud del niño, como éstos de la salud de los árboles.

Acostumbrad a los niños, beneméritos maestros, a que amen esos bellos y sugestivos paisajes creados por la inspiración de la propia Naturaleza, como los más artísticos y armónicamente compuestos, y acostumbradlos también a que censuren y critiquen a los hombres que no los reproducen, como pueden hacerlo, de un modo natural, para bien suyo y de toda la Humanidad, contentándose en cambio con los que en los lienzos crean los pintores.

¡Oh, madre Naturaleza, que crías a tus hijos en el encanto de tus campos, embriagándolos con el fragante perfume de tus flores y alimentándolos con tus ricas y sabrosas frutas!... Y, a su pesar, no te miran más que egoístamente, porque sobre tu suelo sostienen su cuerpo, no queriendo ver cuanto de útil y de recreo les ofreces, porque es de ti de donde nace todo cuanto en el mundo existe; y, a su pesar, tus hijos, en mil ocasiones; se niegan a gozar de tus bienhechores encantos, consideración vanal y ciega, puesto que no fué jamás incompatible con otras culturales ocupaciones... ¡A qué volverte, pues, la cara cuando todos tus hijos a tu seno han de volver!

En fin: pensemos en que el derramar el bien constituye la más suprema y ambicionada satisfacción de las almas buenas. Por ello, no deberemos esperar a que los demás expresen sus buenos sentimientos, sino que, anticipándonos a todos, deberemos saber expresar los nuestros. Pensemos también en que para que ése amor a los árboles y a los pájaros que venimos estimulando arraigue en un pueblo que precisa amor, como nos dice Pilar Herrera, que sea inculcado en la niñez, y no nos olvidemos jamás en nuestra actuación de educadores de que «toda la vida del hombre— como afirma Froebel— depende de su infancia, serena o triste, tranquila o agitada».

CONCLUSIÓN

Ya tan sólo me resta decir, para dar cima y remate a este modesto trabajo, que siente mi espíritu de español el deseo fervoroso de dedicar, desde el fondo de mi alma, con todos vosotros, maestros y niños queridos, como póstumo homenaje de nuestra admiración, de nuestro cariño y de nuestro respeto, un sentido recuerdo para aquel insigne maestro y benemérito patricio, para el que fué mi querido y venerado amigo (q. e. p. d.), cuya dolorosa pérdida todos lloramos, que en vida se llamó D. Ricardo Codorníu, apóstol el más entusiasta de la *Fiesta del árbol y del pájaro*... A ella consagró gran parte de su vida, y de él son estas palabras bellas y patrióticas, como todas las suyas:

«Otra cosa sucedería si los árboles de las selvas se movieran cual se movieron los del bosque de Birnan, cuando se dirigían contra el castillo de Bunsiania para dar su merecido a lady Macbeth.

»El que no exista ese árbol no es motivo suficiente para que no se le vea. Yo cierro los ojos y lo contemplo, como también todos los árboles que faltan en España

desarrollados, gallardos, vistiendo las montañas y templando los rigores de la temperatura, apaciguando la furia del temporal, sujetando la nieve e impidiendo la formación de aludes, dando origen a pintorescos manantiales que embellecen a su paso cuanto sus aguas bañan, y veo aumentado el caudal de los ríos y regularizado el de los saltos de agua.

»Es más, no sólo los veo, sino que también los oigo. Oigo las imprecaciones dirigidas a los que segaron otros árboles en el suelo que guardaban como abnegados defensores, y lo eran tanto que, aun apeados, dejaban en él las raíces y esparcían semillas para que brotasen y repusieran su falta.

»Como yo, oyen también su grito, que con rugido puede compararse, y cuántos con corazón sano y lleno de amor al prójimo y a la Patria ven montañas peladas llenas de colosales arañazos, que cada chaparrón ensancha y ahonda, y ven esos ríos sin agua, que aun cuando no pueden regar, inundan y esterilizan los cultivos del valle, y ven a los causantes del desastre buscar restos de otras masas forestales que talar, y hasta les ven preparar leyes que amporen su felonía.

»Bien hayan los que planten todo árbol que falta, porque con ello irán transformando España en un país tan próspero, tan fuerte y tan culto cual lo finge el deseo...»

Y añádase: Quiera Dios no haya maldición que persevere en la posteridad sobre nosotros por no haber expuesto la vida vegetal con tanto instinto de conservación como se repone y conserva la vida humana.

Mientras tanto, digamos con Rubén Darío, el esclarecido poeta de la raza: «Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros.»

HILARIO CRESPO,

Vocal de la Junta municipal de enseñanza.

SEGUNDA PARTE

Poesías, himnos, máximas y pensamientos

Dos súplicas

I

DEL ÁRBOL

Soy la choza del pastor,
el fruto dulce y selecto,
la cuna donde naciste,
la cruz de tu hogar postrero.
Con el hacha en las entrañas
me hieres sin miramiento:
¡Tira el hacha!... ¡Ama al árbol!
¡Por la Patria y el progreso!...

II

DEL PÁJARO

Placentera hago tu vida
con mis alegres gorjeos;
trabajo constantemente
extinguendo los insectos.
No me persigas ni encierres,
ni mates mis pensamientos.
¡No destruyas lo que Dios
creó para bien del pueblo!

MANUEL DE PEÑARRUBIA.

* * *

Al pueblo

Serás grande, noble, honrado
y culto será tu emblema
si respetas este lema:
«Protección al arbolado.»

RAFAEL MARÍN.

* * *

... de campo y huerta preciada labradora
que crías en el seno de tu región feraz
la delicada seda, la vid embriagadora,
la hespéride manzana, la palma triunfadora,
el lauro de la guerra, la oliva de la paz.

D. LOPE GISBERT.

* * *

A un rodal de olmos, emblema de la beneficencia

Dichosos los que imitan la grandeza
del olmo bendecido,
dichosos los que amparan al caído
y prestan dulce arrimo a la pobreza.

F. JACINTO SALA.

* * *

A un árbol

Arbol, ¿por qué del campo en la llanura
siempre mis pasos a buscarte van,
y al contemplar tu pompa y galanura
siento en el alma inextinguible afán?

¿Por qué si el huracán en rauda giro
tu ramaje columpia con furor,
dentro del alma a mi pesar suspiro
por cada hoja perdida y cada flor?

Acaso, acaso en tu lozana vida
algún misterio el corazón verá,
tal vez mi suerte a tu existencia unida
por impalpable vínculo estará.

¡Quién sabe si darás a mis amores
fresca sombra en tu verde pabellón,
si sentiré cubierto con tus flores
de un ángel palpitar el corazón!

Tal vez robusta y poderosa lanza
tus vástagos gigantes me darán;
tal vez cuando se logre mi esperanza
ramos tuyos mi sién coronarán.

¡Quién sabe si al cruzar los anchos mares
tú serás el timón de mi bajel,
o de triste naufragio en los azares
la pobre tabla que me salve de él!

Mas si de amor la tienda encantadora
no has de ser, ni la lanza, ni el timón,
ni la flotante tabla bienhechora
que me libre del mar y el aquilón,

Cuando mi destino amanse,
¡árbol, quien sabe si caerás también!,
¡si el féretro serás en que descanse
mi helado pecho, mi marchita sien!

E. DE SAAVEDRA.

* * *

Alza erguido sus ramos triunfadores
el eucalipto, que al crecer lozano
mata la fiebre, purifica el llano
y alivia del enfermo los dolores.

R. DE CÓRDOBA.

* * *

Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.

GÓNGORA.

* * *

Arbol, tu suerte envidio, sobre la tierra impura
de un ideal sagrado la cifra en ti he de ver:
luchar, vencer constante, mirar desde la altura,
vivir y alimentarse del cielo y de luz pura,
¡oh vida!, ¡oh noble ser!

MIGUEL COSTA.

* * *

Al brillante

Tú eres brillante ensalzado
que coronastes hasta el Trono,
y con alcurnia de alto tono
como gran blasonador usado
¡rico carbono cristalizado!;
pero donde quiera que estés
y por donde fueres lo ves
a aquel vegetal o madero
que adorna al mundo entero
y que de los pobres carbono es.

Éste es por útil venerado
y todo el mundo te reclama,
a aquél diamante le llaman,
y como puro cristalizado
no es útil, ni necesitado,
y siempre se ha observado
en familia un distanciado
por las vanidades mundanas;
pero eso hoy es cosa vana,
por antisocial desechado.

Si un químico afortunado
analizase con gran certeza
y sobre toda esa pureza
en el carbono cristalizado
hace hulla del palo cortado...

tan veloz como en el instante
sobre la joya *chic* y elegante
el leño sería elevado
y el árbol, siempre olvidado,
valdría más que el diamante.

FRANCISCO RODRÍGUEZ SERRANO.

* * *

En el pinar

Entre la agreste pompa de los pinares
que empenachan los riscos de la ladera
sobre alfombra florida de tomillares
que derraman inciensos de primavera.

Hice un paro en la marcha, detuve el paso,
y en la paz del silencio quedé abstraído,
mientras en las alturas iba al ocaso
el sol, águila roja que busca el nido.

Era gloria la tarde: sutil el viento
acercaba los ecos de una campana,
y el pinar era arrullo, trova y lamento
y oración con efluvios de fe cristiana.

Cada tronco se alzaba firme y erguido
con el orgullo bravo de un buen guerrero
y mostraba sin queja su pecho herido
por el hacha implacable del resinero.

Era allí cada pino cual un templario
que, después de la lucha vertiendo lloro,
va pasando las cuentas de su rosario:
un rosario de sangre trocada en oro.

Incliné la cabeza como en el templo,
acallé mis afanes de vida inquieta,
y rendido al encanto de aquel ejemplo,
en el pinar agosto miré a un poeta.

Cuando un cendal de nieve cubre el paisaje;
cuando en el campo yermo mueren las flores,
luce el pinar las galas de su ramaje
y es en diciembre, mayo todo verdes.

Cuando agosto reseca la blanca alfombra
que fué grato descanso del peregrino,
brindando al caminante música y sombra
sus brazos amorosos extiende el pino.

Nada pide a los hombres, ni quiere nada;
soñando con las cumbres huye del lodo,
y es su humilde existencia ruda jornada
del que vive en el mundo dándolo todo.

Y después, cuando exhausto dobla la frente
al peso de los años abrumadores,
agoniza en un himno bello y potente
tiñéndose en el fuego con resplandores.

¡Salve, pinar agosto! ¡Salve, poeta!
Tus estrofas no llegan a las ciudades,
las olas de la vida bravía e inquieta
mueren en tu regazo de soledades.

Tú enseñas a los hombres con la enseñanza
del vivir abnegado que en ti contemplo;
mucho vale el que infunde firme esperanza,
y aún más vale el que enseña con el ejemplo.

Adiós, pinar amigo; sé que al dejarte,
aunque no vuelva a verte, yo he de encontrarte,
pues viviendo en un pueblo pobre y pequeño,
labrarán con pedazos de tú madera
¡la nave en que me embarque por vez postrera
y la cruz que bendiga mi último sueño!

M. R. BLANCO-BELMONTE.

* * *

Al árbol

... Al verle inquieto
palpitar en lo azul, ¿quién no diría
que tiene una alma imagen de la mía
y a la tierra sujeto
por el espacio remontarse ansía?

RICARDO GIL.

* * *

A las palmeras

Las líneas de sus arcos forman esfera
encorvando una rama tras otra rama,
y en el tronco una escama tras otra escama
desde el pie la acorazan a la cimera.

SALVADOR RUEDA.

* * *

Buscando la luz

Yo nací en un pinar grande y espeso
donde si hay entre mil árbol alguno
que indolente quizá, quizás avieso,
cambia su dirección o lento crece,
pronto a los de los demás parece.
Todo allí por eso
de tentaciones de pasarse faltos
a competencia son derechos y altos.

JUAN EUGENIO HARTZENBUCH.

* * *

En la Fiesta del árbol

Niños, la madre universal herida
su seno os abre, en que el amor se encierra;
vosotros, los retoños de la vida,
vais a plantar un árbol en la tierra.

Dios le prospere y le miréis felices
crecer como a un hermano pequeñuelo,
extendiendo en las sombras sus raíces
y levantando su follaje al cielo.

Niños y tallos, porvenir que dora
juntos un mismo venturoso Oriente,
lo que en sus ramas claridad de aurora
será luz de esperanza en vuestra frente.

Siempre en común fraternidad unidos,
idénticos en frutos y verdes,
al propio tiempo que en sus hojas nidos
despertarán en vuestros pechos amores.

Y andando el tiempo, en la musgosa alfombra
tal vez un día descanséis ancianos
al pie del tronco y a la misma sombra
del árbol que plantaron vuestras manos.

EMILIO FERRARI

* * *

A una palmera gigante

¿Qué árbol se te aventaja ni se te iguala?
¿Quién para asir tus palmas tiene osadía?
Sólo al hombre le ofrece tu tronco escala;
el ave que tu dátil picar ansía
para saciar el pico, fatiga el ala.

RICARDO SÁNCHEZ MADRIGAL.

* * *

A un platanar

De cuantas plantas bordan el suelo
desde los lirios del arroyuelo
hasta el soberbio verde palmar,
no halló ninguna mi fantasía
de tanta pompa ni gallardía
como las hojas de un platanar.

ANTONIO F. GRILO.

* * *

A un almendro

Estaba un almendro ufano
al ver que su pompa era
alba de la primavera
y mañana del verano;
(y más de una vez, a pesar de su corta vida, le ha sucedido)
que por madrugar sus flores
sin aviso ni consejo

al primer soplo se apagan,
marchitando y desluciendo
de sus rosados capullos
belleza, luz y ornamento.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.

* * *

Al cedro del Himalaya (*)

Noble cedro doliente
cautivo en suelo hispano,
que no olvidas tu reino del Oriente
falto de amor y de nativo ambiente,
.....
Pero no estarás solo, triste amigo,
.....
¡Todos los días que de vida cuentas
vendré a la tarde a conversar contigo!

ANTONIO ROS DE OLANO.

* * *

A una adelfa envidiosa

Por eso la triste adelfa
vive macilenta y sola
y guarda amargo veneno
oculto en sus verdes hojas.

JOSÉ SELGAS.

* * *

A un rosal

Si por montes y valles y colinas
tiende su ronco vuelo el huracán,
a las fragantes rosas purpurinas
arrebata las hojas... las espinas
las deja donde están.

FEDERICO BALART.

* * *

A la Fiesta del árbol

Es del árbol la cuna en que nacemos
y el lecho en que la vida abandonamos,
la cruz que de rodillas adoramos
y la caja en que exánimes yacemos.

(*) Llamado Deodar por los indios y Deodora en sánscrito, que significa «árbol divino».

Del árbol son los bienhechores remos
y el bajel que con ellos impulsamos
y el timón con que el rumbo le marcamos
y la tabla que náufragos cogemos.

Del árbol es el laurel de la victoria
y el mástil de la enseña sacrosanta
que de triunfos sin fin llena la historia.

¡Bien haya quien por él su voz levanta,
porque del árbol al cantar la gloria
del suelo en que nació la gloria canta!

CARLOS CANO.

* * *

A un espino

En su estado natural
produce el espino adusto
mezquina baya sin gusto
que ni aun la pica el zorzal.

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

* * *

A un grupo de naranjos

De ese poético árbol que:
... en un destello
de largueza, a cual más bello,
brinda unidos fruto y flor.

RICARDO SÁNCHEZ MADRIGAL.

* * *

A un bosque

Lugar sagrado es un bosque.
¡Infeliz quien no lo precia!
Maldita de Dios la mano
que lo tala o que lo incendia.

RICARDO SÁNCHEZ MADRIGAL.

* * *

Lugar sagrado es un bosque.
¡Ay de quien no lo venera!
¡Bendita de Dios la mano
que las montañas repuebla!

RICARDO CODORNIÚ.

* * *

El sostén de nuestro honor

¿Que le faltaba ¡madera!
a la alta misión social
que el cielo te confiriera
para ungirte la primera
en el mundo vegetal?

Tú eres la expresión más pura
de la vida del bosque
y escabel de su espesura;
eres reina de la altura,
eres vigor del paisaje.

Desde la cuna querida
a la tumba solitaria,
como amiga agradecida
nos sigues hospitalaria
por la senda de la vida.

De industria y construcción eres
indispensable auxiliar,
das calor a nuestro hogar
y a nuestra vivienda enseres
que le prestan bienestar.

Por ti alegre y mansamente
las aguas al llano van;
por ti se humilla el torrente,
se purifica el ambiente
y se calma el huracán.

¿Que le faltaba ¡madera!
a la alta misión social
que el cielo te confiriera?
¡Ser la eterna compañera
de la enseña nacional!

Ser su firme complemento
para que en alas del viento
ondule gallarda y bella
como si vibrase en ella
todo el patrio sentimiento.

Ser su apoyo y fijación
en la torre más enhiesta
o en el más amplio balcón
como símbolo de fiesta
y pública animación.

Alzarla con aire ufano
sobre tropa y paisanaje
para que así el ciudadano,
con el sombrero en la mano,
pueda rendirle homenaje.

Presentarla al soldado
como recuerdo bendito
de un compromiso sagrado,
del juramento que al grito
de «¡viva España!» ha prestado.

Ser de sus glorias testigo,
ser su sombra, ser su abrigo,
ser, en fin, la Patria misma,

que en sangre y gloria se abisma
entrando en campo enemigo.

¿Que le faltaba ¡madera!
a la misión fiel y austera
de tu influjo bienhechor?
¡Ser asta de la bandera!
¡Ser sostén de nuestro honor!

A. AVELINO ARMENTERA.

* * *

Al árbol

Ensalcemos al árbol que frondoso,
lo mismo en la montaña que en el llano,
ofrece al labrador grato reposo
en las siestas ardientes del verano;
y con cariño tierno
le entrega secas ramas
con que pueda encender hermosas llamas
que calienten su hogar en el invierno;
y cuando el cielo azul se entenebrece
y la tormenta en rayos se desata
y el hombre se estremece
pensando que la nube asuela y mata,
el árbol se engrandece;
de su vida hace ofrenda
sin susto ni desmayo,
y por salvar del hombre la vivienda,
en su rama mejor recibe el rayo.

Allí donde el plantío
por su gran extensión es ya floresta,
la masa de arbolado manifiesta
su augusto poderío
y hace feraz terreno del baldío;
no limita las gracias y tributos
a dar flores y frutos:
sus copas verdes, esponjosas, huecas,
efluvios de salud dan al ambiente;
y más tarde, al perder sus vestiduras,
las tristes hojas secas
ofrecen a la tierra ardor viviente,
aliento de esperanzas y venturas.

Los árboles, unidos,
y del campo señores,
entre sus ramas acarician nidos
de oropéndolas, mirlos, ruiseñores,
armoniosos cantores,
que pagan su hospedaje
expurgando de insectos destructores
el espeso follaje.

Si el suelo tiene sed abrasadora,
los árboles de lindes y ribazos

al cielo elevan sus nudosos brazos
en demanda de lluvia bienhechora,
y si llega la lluvia de repente
y quiere, por su fuerza y su bravura,
convertirse en torrente
que arrase, desbordando la llanura,
los troncos le hacen frente
y amansan, dividiendo, la corriente.

Al árbol que plantemos
trencemos cintas y colguemos ramos;
nacido en la comarca
tiene abolengo noble;
será un nogal, una morera, un roble,
pero a todos abarca
la honrosa ejecutoria
de aquellos esforzados
árboles seculares,
cuyos hechos por siempre están guardados
en las hojas del libro de la Historia.

Una noche de horror y desventura,
las aguas del Segura,
empujadas por ríos hechos mares,
entraron a torrentes en la vega,
arrastrando en su marcha, hirviendo y ciega,
vides, chozas, ajuares,
aperos de labranza y aun altares;
y los árboles, firmes en sus puestos
con los troncos enhiestos
y las ramas tendidas, como lazos,
con el instinto de animales seres,
salvaron en sus brazos
miles de hombres y niños y mujeres.

Plantemos las moreras: sus verdores
serán mañana,
y al convertirla en galas y esplendores
la vanidad humana,
de todas las alturas
vendrán ríos de dicha y venturas
a inundar la feliz tierra murciana.

EL CONDE DE REPARAZ.

* * *

El castañar de los condes de Finaf

(Descrito por boca de un conde que se dirige al rey Alfonso XI)

Cinco leguas de Toledo,
corte vuestra y patria mía,
hay una dehesa, donde
este labrador habita,
que llaman El Castañar,
que con los montes confina,

que de esta imperial España
son posesiones antiguas.

En ella un convento yace
al pie de una sierra fría,
del caballero de Asia,
de Cristo efigie divina,
porque es tanta de Francisco
la humildad que le entroniza,
que aun a los pies de la sierra
sus edificios fabrica.

Un valle el término incluye
de castaños, y apellidan
del Castañar, por el valle,
al convento y a García,
adonde, como Abraham,
la caridad ejercita.

.....
Junto del convento tiene
una casa compartida
en tres partes; una es
de su rústica familia.

.....
En la segunda, un jardín,
cuyas flores, repartidas,
fragantes estrellas son
de la tierra, y del sol hijas.

.....
FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA.

* * *

Invocación

¡Malhaya el desalmado,
maldito el monstruo sea
que viene al mundo armado
del hacha y de la tea
y en los paternos bosques
se ensaña sin piedad!

¡Malhaya quien aterra
los cedros seculares!
¡Malhaya quien destierra
sus sombras seculares!
¡Malhaya quien destruye
su pompa y majestad!

¡Y, en cambio, Dios bendiga
las ansias y el anhelo
de quien la sombra amiga
del bosque vuelve al suelo,
y trueca yermo páramo
en próspero plantell

**¡Bendito quien sustenta
la planta decaída!**

¡Bendito quien aumenta
las flores de la vida
y el valle de las lágrimas
convierte en un vergel!

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

* * *

A la belleza de los montes

El campo del cultivo
nos recuerda fatigas y dolores;
el monte, con sus flores,
es siempre del pesar un lenitivo.
El corazón en la espesura alcanza
la risueña esperanza,
y siempre el bosque, en su recinto hermoso,
se anega en las dulzuras del reposo.

Triste existencia fuera
la del hombre por luchas fatigado,
sí, al verse contristado,
el monte con sus frondas no le diera
el necesario abrigo aquí en el suelo,
y con él, el consuelo
de encontrar otra vez la paz perdida
y el esfuerzo viril para la vida.

Parece que en la altura
el vigor de la tierra se retira,
y con vago murmullo allí suspira
entre verde espesura.
Sonoroso conjunto incomprensible,
confuso aletear de lo invisible,
toda la poesía
se acrecienta en el monte y se sublima;
su belleza ilumina,
y el amor a los montes forma un día
de esplendores tan varios y brillantes,
que a sus luces vibrantes
todo el mundo parece se agiganta
y a Dios una plegaria dulce canta.

Virgilio, entusiasmado,
debajo de los árboles se inspira,
arrancando a su lira
notas tiernas al pecho enamorado.
Horacio se renueva en la Sabina,
en la verde colina,
y Goethe, entre la selva ensimismado,
la dicha más dulcísima ha gustado.

¿Quién relatar podría
del monte las diversas impresiones,
y los varios sonos
que en su espacio derrama el claro día?
¿Quién de tantos aromas confundidos
y de tantos sonidos
podrá hallar expresión que, condensada,
nos dé una sensación ilimitada?

Engolfado y perdido
el pensamiento, en confusión creciente,
ofuscada la mente,
y ante el misterio el corazón herido,
al infinito en éxtasis se lanza,
con la loca esperanza
de abarcar con mirada miserable
lo incomprensible, eterno y admirable.

Jamás esa barrera
podrá salvar el pensamiento humano,
y su deseo vano
nunca hallará de descifrar manera
del monte el gran portento
ni el sublime y profundo sentimiento
que al espíritu manda y avasalla,
gritando sin cesar: ¡Admira y calla!

ANTONIO G. MACEIRA.

* * *

El árbol y la Patria

Ocultas bajo el suelo
que cubre aquel recóndito cariño,
las raíces sujetas a la tierra
con un abrazo inmenso, fuerte y rígido;

Y cuando el huracán impetuoso
tronche las ramas, o el agudo filo
del hacha impia hiera el firme tronco
con isócrono y lúgubre sonido;

Y cuando quejumbroso se derrumbe
y muerto sobre el seno estremecido
de su madre fecunda el árbol caiga,
más cada vez la estrecharán unidos
aquellos brazos que otra vez tenaces
afuera empujarán, rectos y erguidos
brotes, a reparar la triste muerte
del que indefenso se rindió vencido.

Y otra vez, como fustes de columnas,
habrán de alzarse armónicos y altivos,
como aspirando a unir sus capiteles
a la téchumbre azul del infinito.

Y la humedad absorberán sus hojas,
y de la mansa lluvia el beneficio
como una bendición caerá en los campos
y nutrirá las fuentes y los ríos.

Y entre sus ramas largas y frondosas
fabricarán los pájaros sus nidos,
y como arpas eólicas los céfiros
las pulsarán con misteriosos ritmos...

Nuestra Patria es un árbol desgajado;
un tiempo el palio inmenso y extendido

de su ramaje cobijara al mundo;
cayó, sufrió la suerte del caído.

Pero a despecho de las podas bárbaras,
a través de huracanes de los siglos,
su noble especie es tal que, milagrosa,
resistiéndolo todo ha subsistido.

Y es que el germen soberbio de la raza
la exterior podredumbre no ha podido
corroer, porque está en la raíz misma
poderoso y vital, aunque escondido.

Y hay que hacer que se infiltre por la savia,
y hay que arrancar lo vil y lo torcido,
y que los troncos rectos y los sanos
crezcan libres, gloriosos y magníficos.

Y en torno de la copa protectora
no cesen del trabajo los zumbidos,
y el arte anide allí, bello y pujante...
¡y que de paz y amor sea firme símbolo!

EMILIO MUÑOZ GARCÍA.

* * *

Canto a la bandera

¡Salve, bandera de mi Patria, salve!
Y en alto siempre desafía al viento,
tal como en triunfo por la tierra toda
te llevaron indómitos guerreros.

—
Tú eres, España, en las desdichas grande
y en ti palpita, con latido eterno,
el aliento inmortal de los soldados
que a tu sombra, adorándote, murieron.

—
Cubres el templo en que mi madre reza,
las chozas de los míseros labriegos,
las cunas donde duermen mis hermanos,
la tierra en que descansan mis abuelos.

—
Por eso eres sagrada. En torno tuyo,
a través del espacio y de los tiempos,
el eco de las glorias españolas
vibra y retumba con marcial estruendo.

—
¡Salve, bandera de mi Patria!, etc.

* * *

Himnos para ser cantados en la celebración de la "Fiesta del árbol,,

A plantar, a plantar arbolitos,
pronto el suyo tendrá cada cual;
¡ay! del niño que bien no lo cuide,
señalado entre otros será.

Todo pueblo que al árbol atente
no pretenda de culto el honor,
es ingrato, es indigno, es infame
quien destruye las obras de Dios.

Es el árbol que plantamos
el amigo más leal,
sólo pide que lo quieran
sus tesoros para dar.

Mientras vive nos regala
con su fruto, con su flor,
y aun muriendo bajo el hacha
nos conforta su calor.

Entre selvas y breñales
vivió el hombre cazador;
su morada fué una tienda
en su vida de pastor.

Mas cansado peregrino
anhelando quieto hogar,
plantó el árbol, y a su sombra
brotó pronto la ciudad.

Un buen árbol da la cuna
do nos mece casto amor,
el bajel que al mar se lanza,
nuestro lecho de dolor.

Y con ansias moribundas
al perder la última luz,
cífrase nuestra esperanza
en el árbol de la Cruz.

LETRA DE D. RICARDO SÁNCHEZ MADRIGAL,
MÚSICA DE D. JOSÉ MORAL.

* * *

Cantemos a Ceres que dora las mieses
y llena las cubas de rojo licor,
y al par alabemos al noble labriego
que el suelo fecunda con ruda labor,
que ésta es una fiesta
de paz y de amor.

—
Bien hayan las flores
que adornan la tierra,
los frutos que ofrecen
sabroso manjar;
mil veces bendita
la *Fiesta del árbol*,
que a la agricultura
nos hace cantar.

—
Cantemos, etc.

—
Bien hayan los bosques
que atraen la lluvia
y al hombre le brindan
maderas sin par;

Los prados que nutren
inmensos rebaños,
los ríos que aboñan
al suelo feraz.

—
Cantemos, etc.

LETRA DE D. M. MARINEL,
MÚSICA DEL MAESTRO MARRACO (HIJO).

* * *

Cantemos al árbol
que voy a plantar;
si Dios lo protege del hombre y del viento
salud y riqueza dará;
salud y riqueza dará.

—
Para el aire puro
campestres aromas,
para el caminante
regalada sombra.
Templará los rayos de la luz del sol;
por entre secas ramas
colgarán las aves
sus nidos de amor.

—
Cantemos al árbol, etc.

—
Uno para el otro,
los dos viviremos,
él se irá elevando
y yo iré creciendo.
Y si triste y sólo llego yo a morir,
dejaré en el mundo
un árbol siquiera
plantado por mí.

—
Cantemos al árbol
con voces de paz y de amor,
defiéndalo el hombre,
protéjale Dios.

LETRA DE D. CARLOS FERNÁNDEZ SHAW,
MÚSICA DE D. RUPERTO CHAPÍ.

* * *

Es el árbol el símbolo augusto
de la industria, el progreso y la paz;
fomentemos la *Fiesta del árbol*
si la Patria queremos honrar.

—
Es la *Fiesta del árbol* la fiesta
más hermosa, más culta y social;

la que llena de encantos al niño,
la que brinda venturas sin par.

Quien en campo o jardín planta un árbol
y lo cuida después con afán,
da a los hombres salud y riquezas
y a Dios alza en su pecho un altar.

—
Es el árbol el símbolo, etc.

—
Ved los montes cubiertos de fronda,
cuál detienen la nube al pasar,
cómo arrancan del suelo las raíces
de agua, fresco y copioso raudal.

Fertilízanse montes y llanos,
los ganados se ven prosperar,
y el país, antes árido y pobre,
se hace luego abundante y feraz.

—
Es el árbol el símbolo, etc.

—
¿Queréis sombra? Buscadla en el árbol.
¿Queréis frutos? El árbol los da.
¿Queréis agua? Los bosques la traen.
¿Aires puros? Los hace el pinar.

Son los campos de fronda vestidos
de riqueza y salud manantial;
sin el árbol no hay vida posible,
no hay industria ni habrá bienestar.

—
Es el árbol el símbolo, etc.

—
Restaurar hoy los bosques talados,
recubrir de verdor el erial,
detener en los montes la tierra
que ahora arrastra cualquier temporal,
es hacer de los montes vergeles,
leche y miel es hacerlos manar,
hacer sanos y ricos los pueblos
y crear allí vida industrial.

—
Es el árbol el símbolo, etc.

—
Vea el niño en el árbol su amigo,
vea el hombre en el hombre su afán,
vea el pueblo riquezas y bienes
y la Patria progreso y la paz.

Replemos los montes, que el árbol
doquier busca su fronda eternal,
y así haremos que España sea grande,
noble, rica y hermosa sin par.

—
Es el árbol el símbolo, etc.

LETRA DE D. EZEQUIEL SOLANA.

CORO

Hoy la alegre y gentil primavera
adelanta su entrada triunfal,
por ser ella del árbol la reina
y en la *Fiesta del árbol* reinar.

Hacia el árbol los niños marchemos
y al mirarnos cantando a su pie,
en las voces oír de los niños
pajarillos que cantan en él.

SOLO O BRINDIS

I

El árbol llena el aire
de vida y de frescura;
lo mismo alegra al huerto
que sombra al huerto da;
las ramas que amorosas
defienden a los nidos,
en el helado invierno
calientan nuestro hogar.

II

El árbol es la vida,
pues siempre a nuestro lado
lo mismo es ágil remo
que tabla de ataúd;
lo mismo da en el campo
la sombra al caminante,
que da en el cementerio
la sombra de una cruz.

COTTA, LETRA DE D. ANTONIO F. GRILO.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

M Á X I M A S

Los pájaros se alimentan de aquellos insectos que destruyen los viñedos.

Repuebla las montañas y ensancharás en pacífica conquista el suelo de la Patria.

Si retienes la gota de agua en las alturas habrás vencido la inundación en el valle, transformando a la vez el escaso manantial en fuente copiosa.

No talarás ningún árbol. No destruirás ninguna rama. No robarás ningún nido. No martirizarás jamás a ningún pájaro.

Para legar íntegro a los hijos de tu Patria el capital monte aprovecha su renta por medio de acertadas y siempre prudentes cortas.

Las golondrinas consumen al día unos 600 insectos alados, nocivos una gran parte de ellos a la salud pública.

Si contemplas el valle fecundo y surcado por mansas corrientes, eleva tu vista, porque hallarás el monte poblado de árboles.

El herir al árbol indica incultura y malos sentimientos, porque esa substancia blanquecina que éstos derraman por las heridas que se les causan es su sangre.

Los árboles son seres vivos como los hombres y los animales, y, como ellos, nacen, crecen, respiran, se nutren con la savia equivalente a la sangre, se reproducen y mueren. Son seres vivientes que tienen infancia, juventud, estado perfecto, vejez, decrepitud y muerte.

El árbol es una verdadera familia en que de año en año se implantan el padre, el hijo, el nieto y muchas generaciones sucesivas, dependientes todas de un mismo tronco. Es, pues, una verdadera genealogía.

El robar un nido es impropio del hombre, porque nadie debe ser criminal, y mucho menos aún con los agravantes de superioridad, premeditación y alevosía.

Cultiva el arbolado y te sentirás fortalecido en cuerpo y alma.

El vencejo devora unos 800 insectos al día, apropiándose de los más pequeños.

No hurtes ramas frescas a los árboles, ni mantillo al suelo productor, ni persigas pájaros ni reptiles, pues con ello mermarías salud y vida a tí, a los trigos y a nuestros descendientes.

No hay agricultura posible sin montes, ni montes sin el amor de los pueblos al arbolado.

¡Soltad los pájaros cautivos! ¡No matadlos jamás! ¡No destruir nunca sus nidos! ¡Repartir con ellos vuestro pan!

El árbol es la hermosura del campo, la defensa de los cauces y la providencia de la montaña.

En Basilea la ley obliga a todas las que se casan a plantar seis árboles y dos por cada hijo que nace.

Un nido, por los beneficios que los pájaros reportan, es una póliza de seguro agrícola.

El grado de civilización de un país se mide hoy por la aplicación de los frutos del progreso al cultivo de sus campos.

Dios mismo concedió al *árbol de la vida*, símbolo del Sacramento del Altar, el privilegio de preservar al hombre de toda dolencia y hasta de la muerte, y al árbol de la ciencia del bien y del mal el de sujetarlos a la muerte. Los hombres hallaron su desgracia en el árbol del Paraíso; del *árbol de la Cruz* vino la redención del mundo.

Como tributo de tu cariño y de tu respeto para con la Patria, deja siquiera un árbol plantado por tu mano.

El no perseguir a los pájaros constituye una sincera manifestación de la bondad, porque en los pueblos civilizados no se mata a los pájaros.

La contemplación de la naturaleza en la soledad enaltece el alma, acercándola a su Creador.

El maestro de escuela sin el árbol es un predicador mudo. El árbol sin maestro es un huérfano sin tutor.

El bosque satisface todas tus necesidades. Conserva el bosque para tus hijos, procupando cuidarle con esmero, y les legarás una fortuna; pero advierte a tus sucesores que lo conserven para sus descendientes y salvaréis a vuestra Patria.

Con el producto del árbol se obtiene desde la cuna, el cayado del pastor, el fusil del soldado, el trono del rey, la imagen santa y nuestro lecho de muerte.

La importancia que deberíamos conceder a los árboles es inmensa, ya que ellos nos ofrecen para el desenvolvimiento de nuestra vida, además de ricos, abundantes y sabrosos frutos, productos como el corcho, la madera, la leña y el carbón, fibras textiles, sebo, cera, goma, resina, esencia, barniz y hasta la salud en substancias medicinales.

¡Pobres de los que no saben querer a los pájaros! ¡Pobres de los que no sienten una suprema satisfacción al oír sus trinos! Son como mendigos que pasan por la tierra con los ojos vendados.

El monte sana los terrenos pantanosos, convirtiendo estos lugares malditos, gracias al arbolado, en emporios de salubridad y de fecundidad.

Las flores, fruto del campo, son hermanas de la inocencia y de la mujer. Simbolizan el candor, la virtud, la espiritualidad, el triunfo, el amor.....

España agoniza porque necesitando diez millones de hectáreas de monte no cuenta escasamente más que con la mitad.

El árbol—decía un filósofo de la antigüedad—es un animal con raíces y el hombre una planta ambulante.

No se han de mirar los árboles como seres inservibles, sino como seres vivientes perfectamente organizados que sufren daños con todo golpe, herida o contusión que reciben.

Monte y río démelo Dios por vecino.

PENSAMIENTOS

El pájaro puede vivir sin el hombre, pero el hombre no puede vivir sin el pájaro.

MICHELET.

Es necesario que nos demos cuenta de la necesidad de conservar los árboles. Dejemos que crezcan y que envejezcan en paz a nuestro alrededor. La edad los hace más venerables y en poético lenguaje nos levantan sobre las brutalidades de la vida. Plantemos y conservemos. Los años, acumulándose en los objetos, les prestan elocuencia conmovedora y les hacen decir lo que deben enseñarnos.

JOSÉ ARECHAULETA.

Sólo en la calma y en la soledad de los montes se encuentra la planta que cura las heridas del corazón.....

ZIMMERMANN.

El que planta un árbol presta un servicio al Estado.

NAPOLEÓN.

No ya esta vida, la del Paraíso, no se concibe sin árboles.

MECTENLICK.

Es más temible el hacha del leñador que la espada del guerrero.

PEREDA.

Todo paisaje es un estado del alma.....

AMIEL.

Tanto más patriótica y meritoria es una obra, cuanto más desinteresada y benéfica. Ningún provecho puede a España procurarse como el de vestir de arbolado sus montañas y sus yermos, ni puede haber desinterés mayor que el de quien siembra y planta árboles que no ha de cortar.

F. DE P. ARRILLAGA.

Para ser buen amigo del árbol es necesario conocer bien su naturaleza y las exigencias de su vida. Sin esos conocimientos no se podrá prestarle los oportunos cuidados que reclama para disfrutar su salud y desarrollo. A medida que se extienda el amor hacia tan buenos y útiles amigos, aquellos conocimientos se irán divulgando para bien de todos: de los hombres y de los vegetales.

MARIANO B. BERRO.

Repoblar el monte es poblar el valle. Por ahí puede encontrarse la manera de resolver el problema de la emigración.

A. G. BESADA.

La higiene pública, la fertilidad del suelo y la seguridad de los pueblos ribereños están íntimamente ligadas con la conservación y fomento de nuestros montes y la repoblación arbórea de la zona forestal.

R. BREÑOSA.

Soy un convencido y un entusiasta defensor de la repoblación de nuestra zona forestal, cuya detención es el crimen más grande que se ha cometido contra la agricultura.

AGUSTÍN BULLÓN.

El árbol que da su fruto y su sombra, sus troncos para construir y su leña para el hogar, es moralmente el símbolo generoso, la dádiva sin interés, el bien sin miramientos de gratitud.

CRISTÓBAL DE CASTRO.

Talar el arbolado que cubre la montaña es quitarle vida, convertirla en un cadáver; cadáver que se descompone y deshace y acaba por mostrar su esqueleto de rocas.

JUAN DE LA CIERVA Y PEÑAFIEL.

Arboles, arroyos, pájaros, ¡qué hermosa trinidad; trinidad inseparable, manantial de vida, de salud, de riqueza, de poder!

JOAQUÍN CORDORNÍU.

Destruídos los cultivos, los habitantes emigran lejos de una tierra empobrecida y desolada... Por todas partes, hogares arruinados y desiertos.

M. SURELL.

La naturaleza había prodigado en la región de los Altos Alpes sus favores; pero ingratos sus habitantes: llevaron el fuego y el hacha a los bosques que sombreaban las montañas, manantial de sus riquezas. Los arrastres han esterilizado los valles, cegándolos con la grava y con las rocas de los arrastres.

HERICART DE THURY.

El clima no es ya el mismo en el Alto Aragón; las señales del tiempo son muy otras: ya no sabemos preverlo. El hacha desamortizadora ha arruinado la meteorología popular. El cultivo de la viña se hizo imposible en comarcas donde antes vegetaba bellamente, y esto produjo el decrecimiento de la población en los últimos cincuenta años.

JOAQUÍN COSTA.

La tala de los montes disipa la humedad y aumenta los fríos secos, como lo demuestran las altas montañas de Noruega, en otros tiempos cultivadas y hoy inhabitables, después de haber perdido sus montes.

B. SAINT-PIERRE.

Cuando los montes rodeaban los lugares bajos, impedían la formación de gases deletéreos o los absorbían, neutralizando así los miasmas de los pantanos. Después de la destrucción del arbolado, los llanos de Heyerdo, Frejos, Nagranle y Saint-Tropez se han convertido en lugares malsanos, de los que huye atemorizada la población.

M. FEUCHET.

En el Mediodía de Francia, donde el cultivo del olivo constituía un manantial inagotable de riqueza, efecto de la tala de los bosques, se está alejando, con los consiguientes perjuicios para esos lugares, más y más hacia Italia.

CONDE DE VALORI.

El régimen hidrológico de nuestro país está hondamente perturbado por la despoblación forestal. A ésta ha seguido la desaparición o disminución de las aves, tan beneficiosas al agricultor.

VICTORIANO DELEITO.

Es insensato, no sólo extirpar, sino disminuir los pájaros, que nos ayudan, como eficaces y provechosos cooperadores, a ganar en eterna batalla que en defensa de nuestra vida y en beneficio del reino vegetal libramos continuamente contra el mundo de los insectos.

EMILIO DíEZ.

Bello es el árbol en el jardín y en el huerto; pero la forma regular de su capa, las heridas de su tronco y ramas, la acequia que lo riega y los surcos a su pie, son muestras de la esclavitud del árbol, del agua y también del hombre, esclavo de su

culpa. En el monte el árbol extiende su ramaje con arte supremo, el arroyo divaga a su pie serpenteando, los pájaros cantan himnos a la libertad y el hombre descansa de la fatiga, mientras su alma se eleva a las regiones del infinito, sintiéndose hijo redimido del Creador.

RICARDO CODORNÍU.

Los árboles compendian las cuatro épocas más señaladas de la vida del hombre: la infancia, con todos sus encantos, cuando están en plena florescencia; la juventud, con toda su pujanza, cuando se halla en plena lozanía; la madurez, con todas sus fecundidades, cuando se ven colmados de frutos; la ancianidad, con todas sus decaencias, cuando quedan mustios y se desprenden de las hojas... El árbol es alegría de los campos, y es alma de los paisajes, y es vida de las ciudades. Fomentar el amor al árbol es obra de cultura y de patriotismo, es dar higiene a los pueblos y salud a las razas.

JOSÉ FOLLA.

Cuando veo un niño que con mano despiadada hiere un árbol o troncha sus ramas, no vacilo en decir que está predispuesto a ser criminal.

GERMÁN GARCÍA.

De todas las obras de arte que un hombre puede crear, la más grande es una catedral. Un árbol gallardo y frondoso es más grande aún.

PILAR HERRERA.

El árbol es un admirable ejemplo de lo que debe ser el equilibrio entre el cuerpo, raigambre que nos ata hondamente a la tierra, de que es hijo, y el espíritu audaz, el noble vástago que con savia de fe y de ciencia henchido rompe la costra del de la ignorancia, halla la luz hermosa y, atrevido, majestuoso, se eleva hasta la altura, buscando allí su ambiente y su destino. Aspiremos a ser como es el árbol: profundo y elevado a un tiempo mismo.

EMILIO MUÑOZ.

Los buenos hijos hacen la felicidad de sus padres. Los árboles plantados por nuestras manos son hijos modelos que constituyen el encanto de nuestra existencia.

JUAN HERREROS.

Plantar el árbol a cuya frondosa sombra se sueña o, ¿qué digo sueño?, se espere que hayan de sestear y recordarle hijos y futuras generaciones... ¡Qué atisbos de encantadora inmortalidad!

MAXIMILIANO LINARES.

El árbol modifica los climas, regulariza las corrientes y es fuente inagotable de prosperidad para la agricultura, que, a su vez, es la base fundamental de la riqueza de los pueblos, y en especial del nuestro.

ADOLFO MÁS.

Un árbol es una joya.

OLIVÁN.

Amemos al que nos da sombra en el rigor del estío, asilo cuando crueles nos azotan la lluvia y el viento, fruta agradable cuando nos devora la sed, madera para fabricar objetos domésticos, combustible para el hogar y vigas para soportar la techumbre que nos protege contra las inclemencias de la atmósfera.

ALBERTO NIN FRÍAS.

Como no hay gran ciudad sin policía que regule la circulación, no hay agricultura provechosa sin arbolado que ponga orden en las lluvias. El árbol es la policía de la atmósfera.

MARIANO ORDÓÑEZ.

Los Municipios que emplean una parte de sus presupuestos en la creación de parques y paseos, no sólo tienden con esto al ornato y embellecimiento de las poblaciones, sino que a la vez cooperan a la salud de sus administrados.

MIGUEL PEÑA.

El árbol es vida; a más árboles más hombres.

JAIME POMAR.

Hasta que haya un Gobierno que demuestre con hechos estar convencido de que la primera y más importante obra de restauración nacional es la repoblación de los montes, y un Parlamento que facilite a ese Gobierno los medios necesarios para llevarla a efecto en pocos años, España será un país pobre y constantemente expuesto a las catástrofes de las inundaciones.

JOSÉ PRADO Y PALACIO.

El árbol es compañero del caminante, defensa del perseguido centinela de los pueblos, adorno de ciudades, cabaña de la tempestad, toldo durante el estío, refugio durante la lluvia.

MANUEL PRIETO.

El árbol en el campo es un manantial de riqueza y en la montaña una imprescindible necesidad.

MARIANO PUIG.

La *dentrofobia* es la expresión de la barbarie. La *dentrolatería* es la característica de la civilización.

J. NAVARRO REVERTER.

Plantando y sembrando se inspira a los niños ideas generosas de trabajo, de paz y de amor a todo lo creado.

RAFAEL PUIG.

Los paisajes sin árboles me parecen tan tristes como los pueblos sin habitantes.

AMÓS QUIJADA.

Tienen los hombres civilizados cosas muy singulares: una pequeña lesión corporal es objeto de un proceso y pone en movimiento a muchas gentes. La tala de

bosques, que es un daño colectivo y más intenso, que hace más riguroso el clima, más desiguales y raras las lluvias, que pone las tierras a merced de las aguas, que desgasta las montañas privándolas de su capa vegetal, que seca las fuentes, que quita bellezas naturales, que motiva hoy inundaciones, y mañana da pobreza y hambre a muchos individuos y generaciones...; esa tala, crimen inmenso, ni motiva procesos, ni pone en movimiento a muchas gentes. ¡Qué cosas tan peregrinas!

DR. RODRÍGUEZ MÉNDEZ.

Con la azada por pluma y el riego por tinta, escribieron hoy los niños sobre la tierra la página más hermosa del libro de la Naturaleza: el arbolado.

L. H. ROBREDO.

El árbol, por su belleza, higiene y utilidad constituye uno de los mayores dones que nos otorgó la Naturaleza.

F. ROMERO.

¡Desgraciado el pueblo y desgraciada la nación que no oriente su política con miras al bosque.

ANTONIO SALAZAR.

Entre las admirables enseñanzas que la Naturaleza brinda a los que saben *situarse* para contemplarla, me ha parecido siempre digno de atención especialísima, como *símbolo* y como *ejemplo*, la que ofrecen al nacer, crecer y desenvolverse las especies arbóreas.

Sin extender y afirmar sus raicillas en el suelo, sin asegurar penosa, oculta y calladamente su nutrición, ningún árbol *juicioso* aspirará a que sus tiernos brotes decoren la superficie de la tierra; ninguno al crecer olvidará que hay que mirar arriba; ninguno caerá en la pedantería de ofrecer frutos sin haber alcanzado la madurez, ni menos creará merecer el homenaje de que os consagréis a su sombra, sino cuando una larga vida, respetada y respetable, os traiga y retenga con los prestigios de una majestuosa senectud.

JOSÉ SÁNCHEZ GUERRA.

Plantemos árboles. Depositemos sobre el suelo santo de la Patria las semillas del bien.

ARTURO SORIA.

Realmente existe verdadero interés nacional en que se forme y propague el hábito de plantar árboles, muchos árboles, en campos y ciudades, y en que todos, grandes y pequeños, se acostumbren a respetarlos, a amarlos, a protegerlos.

JOSÉ PEDRO VARELA.

Ordenar un monte y usufructuar sus productos, tendiendo a la conservación del capital leñoso, a su aumento y a su mejora, es crear una Caja de Ahorros, cuyos beneficios proporcionarán vida holgada a las futuras generaciones.

FERNANDO V. DE MEDRANO.

Contad los árboles de una nación y leeréis su porvenir. Nada valen, nada grande hay que esperar de los países sin abundancia de árboles.

CONSTANCIO C. VIGIL.

Cuando los niños, en vez de jugar al toro y de acudir a las pedreas, planten árboles, España habrá entrado con pie firme en el camino de la regeneración.

ALFARO.

Interesar al niño en pro de las plantaciones arbóreas, confiándole la amable tarea de plantar y cuidar un arbolito, que va creciendo y desarrollándose a la vez que su protector, es obra educativa en alto grado, a cuya propagación todos debemos coadyuvar seguros de que laboramos en bien de la Patria.

PINAZO.

Son las plantaciones de árboles oceánicos que moderan las temperaturas extremas y barreras que defienden y aminoran el ímpetu de los vientos.

GARCÍA MACEIRA.

Quien intime en las relaciones y trato con las plantaciones se encontrará en el monte en un círculo de amigos; tendrán lengua para él los troncos, las yemas y las hojas, las flores y las semillas, y así, aun en las más uniformes tareas, hallará el atractivo de la variedad.

HARTIG

Si se calculasen los daños causados en España por las inundaciones, serían seguramente muy superiores los gastos de los trabajos de repoblación necesarios para evitarlas, con lo que se enriquecería al propio tiempo el territorio; porque los terrenos que han de repoblarse son impropios para el cultivo agrario permanente, y no hay en ellos más términos de elección que el erial o el bosque.

ARMENTERAS.

Sin sevicultura, un sistema nacional de riegos será siempre un error nacional.

WILSON.

Hay perfecto paralelismo entre la moral y la cultura forestal. Pueblos sin sentido moral no pueden tener bosques.

F. NOUGUÉS.

Los bosques son el bien máspreciado que los dioses han concedido a los hombres.

PLINIO.

Quien plantó un árbol no ha vivido inútilmente.

DANTE.

La belleza de los montes es un objeto de utilidad pública, y es necesario que esté defendida por la misma ley que protege la belleza de nuestros museos y el interés de nuestros monumentos históricos.

PÉREZ ARGEMÍ.

Los bosques son pantanos naturales. Disminuyen el gasto de los ríos durante las avenidas; los alimentan en las épocas de sequía, haciendo posible la utilización del agua, que sin ellos hubiera corrido a perderse en el mar; impiden la erosión del suelo y protegen así los vasos de los pantanos para que no se cieguen. La conservación de los montes es condición esencial para la conservación del agua.

ROOSEVELT.

El niño debe educarse en el santo amor a la Patria; la Patria, para ser grande, tiene que ser rica; para ser rica tiene que desenvolver sus fuentes de producción, y éstas permanecerán ciegas si no se desarrolla la masa forestal. Por esto hay que sentir el amor al árbol para ser buen ciudadano.

TESIFONTE GALLEGO.

A menos árboles, más torrentes; a más torrentes, menos manantiales.

JOAQUÍN COSTA.

La oposición más o menos viva a las influencias forestales viene de países que tienen pocos montes y los publicistas incompetentes la repiten sin comprobarla.

LEÓN DUMAS.

LOS ÁRBOLES

- 1.º Son hermosos de forma y de color.
- 2.º Realzan la belleza de la Arquitectura.
- 3.º Engendran amor al país, a la ciudad y al hogar.
- 4.º Estimulan la vida al aire libre.
- 5.º Purifican y embalsaman el aire.
- 6.º Refrescan el aire en verano e irradian calor en invierno.
- 7.º Mejoran el clima y conservan el terreno vegetal y la humedad.
- 8.º Son lugares de descanso y abrigo para las aves.
- 9.º Aumentan el valor del terreno.
10. Defienden el suelo contra el calor del sol.
11. Contrarrestan las condiciones perjudiciales de la vida urbana.

Los ríos de Grecia y de España son demasiado secos o demasiado caudalosos, a causa de la falta de bosques.

LOSER.

I

Conservad los montes para no lamentaros después de tener que pagar la leña que necesitéis para vuestros hogares a peso de oro.

II

Educad a los niños en el amor al árbol, haciéndoles ver que quizá algún día necesitarán buscar en un monte el alivio de sus males.

III

Cuanto más árboles se planten en las poblaciones, más se purificará su ambiente y mayor salud disfrutará su vecindario.

ENRIQUE DE LAS CUEVAS.

I

El mundo, sin el freno de la religión, sería el reino de la más espantosa anarquía; nuestra agricultura, sin árboles en la montaña, caminaría a pasos agigantados a la más espantosa aridez.

II

Cuando en un pueblo contemples una gran corriente emigratoria, dirige la vista a sus montañas y ellas, con su despoblación, te dirán claramente el origen de esta sangría nacional.

III

Cuando contemples un pueblo de agricultura próspera dirige la vista a sus montañas, y las verás llenas de arbolado; si descubres a aquélla mísera y el suelo lleno de aridez, su despoblación te dará la clave del enigma.

IV

Si quieres que tus hijos aprendan a respetar al árbol, debes tú comenzar por respetarlo y mostrárselo como un amigo leal.

V

Si quieres dar a tu pueblo un día dichoso, celebra, aunque sea una sola vez, la *Fiesta del árbol*.

ANGEL MARTÍNEZ.

DECÁLOGOS FORESTALES

I

La cultura de un pueblo está en razón directa de su protección al árbol.

II

Re poblando las cabeceras de un torrente se le transforma en benéfico arroyuelo.

III

Los montes son el alma de la agricultura: hay que conservar aquéllos para que no desaparezca el cultivo agrario.

IV

Los manantiales solamente se forman en los montes; fomentando el arbolado aumentaremos el caudal de nuestros ríos.

V

Las dunas formadas por arenas voladoras causan verdaderas catástrofes en su constante movimiento de avance; si las fijamos por medio de plantaciones de árboles, habremos transformado el desierto en alegre oasis.

VI

Es tan directa la acción del arbolado sobre el clima y en la formación y distribución de las lluvias, y son tan necesarios los productos forestales, que la destrucción de los montes constituye un verdadero peligro mundial.

VII

Solamente la repoblación forestal puede sanear y hacer habitables los terrenos pantanosos.

VIII

La majestuosa belleza de los montes es suficiente para justificar su existencia.

IX

Los montes constituyen grandes depósitos de aire no viciado; son productos de oxígeno, y, en tal concepto, es necesaria su conservación.

X

El que planta un árbol ejecuta una obra buena; el que lo destruye sin necesidad es un ignorante y un malvado.

PÉREZ ARGEMÍ.

I

El monte es una riqueza que acompaña al hombre desde su origen sobre la tierra. Es un capital ahorrado por las generaciones antepasadas, del que no debemos despojar a las venideras.

II

El monte, de análoga manera que el mar, suaviza los rigores extremados del clima, y en los sitios que se hallan bajo su amparo se disfruta una vida muy sana.

III

La majestad y atractivo de las selvas inspiraron en todos los tiempos ideas religiosas y artísticas.

Los que frecuentan los montes fortalecen su espíritu y ennoblecen sus sentimientos.

IV

Los países en que abundan los montes pueden defender con más bríos la independencia de su territorio.

V

Nunca será próspera la agricultura si no utiliza las ventajas que le ofrecen los montes, ya por sus productos, ya por su influencia benéfica sobre el clima.

VI

El monte atenúa la fuerza impetuosa de las aguas que se precipitan por sus vertientes, y mantiene así más constante en todas épocas el caudal de los ríos y manantiales.

VII

No hay dique más natural y eficaz para evitar el derrumbamiento de las piedras y tierras de las montañas que el arbolado que sujeta el movedizo suelo de las laderas.

VIII

El aire de los montes es en todas las épocas del año, especialmente en verano, más agradable en temperatura y más húmedo que el aire de los campos.

IX

Las nubes que se ciernen sobre las montañas se transforman con más facilidad en niebla, lluvia y nieve, cuando se hallan pobladas de árboles las cumbres y laderas.

X

Las masas arbóreas aminoran los efectos del huracán, prestan a los abrasados campos en verano una brisa bienhechora y les preservan muchas veces de los estragos del granizo.

H. y M. DEL CAMPO.

I

Dios ha creado el monte de la nada y ha dispuesto que sus árboles sean respetados por el hombre.

II

No tales los árboles del monte, que ellos, al embellecerlo, cantan la gloria de los cielos y establecen relaciones entre éstos y la tierra.

III

Ve en los árboles que medran en la ribera de los ríos y en los que viven en sus cuencas las causas reguladoras de la corriente de aquéllos.

IV

Los árboles son la alegría del labrador y el consuelo del campesino, que los ama, respeta y venera, porque sabe que dulcifican el clima y regulan las lluvias de la comarca.

V

Talar los montes y destruir los pájaros es obra de insensatos; repoblar aquéllos y proteger la cría de éstos merece bien de los hombres, de la Patria y de Dios.

VI

Ensalza a los pueblos que anualmente repueblan sus montes; respeta los árboles de las calles y paseos, y di por doquier que el árbol es un factor importante de nuestra vida.

VII

Mientras seas niño, protege y respeta los árboles; cuando seas joven, procura que tus amigos hagan lo mismo, y en todo enseña al ignorante que las lluvias cesan cuando se tala el monte; que los vientos azotan los cultivos cuando falta el árbol; que la sequía es inevitable cuando el bosque se convierte en una gran calva.

VIII

Cuando la lluvia caiga con regularidad sobre la tierra y las semillas que depositas en ella germinen y las cosechas se sucedan sin interrupción año tras año, mira los montes de tu Patria y verás cuán lozanos se te muestran.

IX

Si el torrente se desborda y sale de madre el río y las aguas arrastran la vegetación de sus riberas, piensa en repoblar cuanto antes el cauce del torrente y la cuenca del río, que otra obra artificial que intentes será remedio vano.

X

No censures a los hombres de buena voluntad que celebran la *Fiesta del árbol*; antes, al contrario, apláudeles y toma parte en ella, que es fiesta de paz y alegría.

JOSÉ UDINA CORTILES.

I

Tened fe en cada árbol, cada monte y cada bosque, puesto que son otros tantos eslabones entre el suelo y la atmósfera, sin cuya evaporación la tierra más fértil se convertiría en un desierto.

II

No pronunciarás la palabra bosque en vano, sino que procurarás que los miserables matorrales de propiedad comunal se transformen en otras tantas bien pobladas selvas.

III

Reflexiona que el bosque te satisface la mayor parte de tus necesidades; que la Naturaleza ha ligado tu existencia con el bosque desde la cuna al sepulcro, y que, a pesar de su resistencia, ha hecho que tu bienestar dependa de su desarrollo.

IV

Honra al bosque en sus árboles. Cultiva y conserva los bosques para tus hijos, a fin de que tanto a ti como a tus descendientes os pruebe bien en esta tierra.

V

No matarás las aves ni otros animales que se alimentan de insectos dañinos a las plantas forestales; antes bien, procurarás enseñar a tus hijos que conozcan los animales perjudiciales a los bosques, y a que distingan a los enemigos de aquéllos, para que destruyan los primeros y protejan a los segundos.

IV

No mancharás el suelo forestal con cultivos de especies impropias a sus condiciones; antes, al contrario, enseñarás a tus hijos las leyes eternas de la naturaleza, para que cuando emprendan cultivos, trabajos de conservación y aprovechamientos forestales, se ciñan siempre a ella.

VII

No robarás ningún árbol vivo ni hojarasca, ni resina, ni otras savias, ni ramas verdes, ni cortezas, ni nada de cuanto sea necesario para la vida del árbol.

VIII

No presentarás falso testimonio en provecho de ningún dañador furtivo; por el contrario, deberás poner en conocimiento de las autoridades judiciales cualquier daño que observes, con el fin de que cada causante reciba el merecido castigo.

IX

No codiciarás los productos forestales ajenos ni anexionarás a tu bolsillo el valor de los productos comunales.

X

No hagas cortas inconvenientes seducido por falsas promesas de embaucadores falaces, ni prestes oídos, ni te avengas a que saquen hojarasca del bosque, ni a que los montes comunales sean subdivididos; sólo debes pensar que Dios te ha dado la inteligencia para que cuides el bosque con tanta prudencia como tu propia salud.

CONSEJO NACIONAL DE CULTIVOS DE BOHEMIA.

EPÍLOGO

¿Quién hizo el monte?

El Ingeniero dice: «Yo hice el proyecto de repoblación, y mandé sembrar.»

Dice el contribuyente: «Yo di recursos para los trabajos; por tanto hice el monte.»

Dice el jornalero: «Yo abrí los hoyos y esparcí la simiente. A mí se debe que exista repoblado.»

Dice el suelo: «Yo di espacio para que germinara la semilla y arraigaran las plantas.»

Dice el aire: «Yo acaricio las hojas de los árboles y les ofrezco el carbono que necesitan para que puedan formar materia orgánica y el oxígeno para que respiren. Por mí existe el monte.»

Dice el sol: «Soy el padre de la vida, pues doy a los árboles la energía necesaria para nutrirse y crecer. Sin mí, nacerían pálidos y a poco morirían. Yo hice el monte.»

Dijo la nube: «Yo traigo agua del Océano para que los árboles produzcan la savia que luego transforman en su propia substancia. Si no lloran cuando tardo en llegar, es porque entonces carecen de líquido con que formar las lágrimas. Donde hay vegetación a mí se debe.»

El que dió inteligencia al Ingeniero, recursos al contribuyente, fuerza al sembrador, hizo producir semillas, creó la tierra que sustenta la planta, el aire que respira, el sol que le da verdura y el agua que la fertiliza, calla y sigue gobernando el mundo.

¡Humillemos la cabeza!